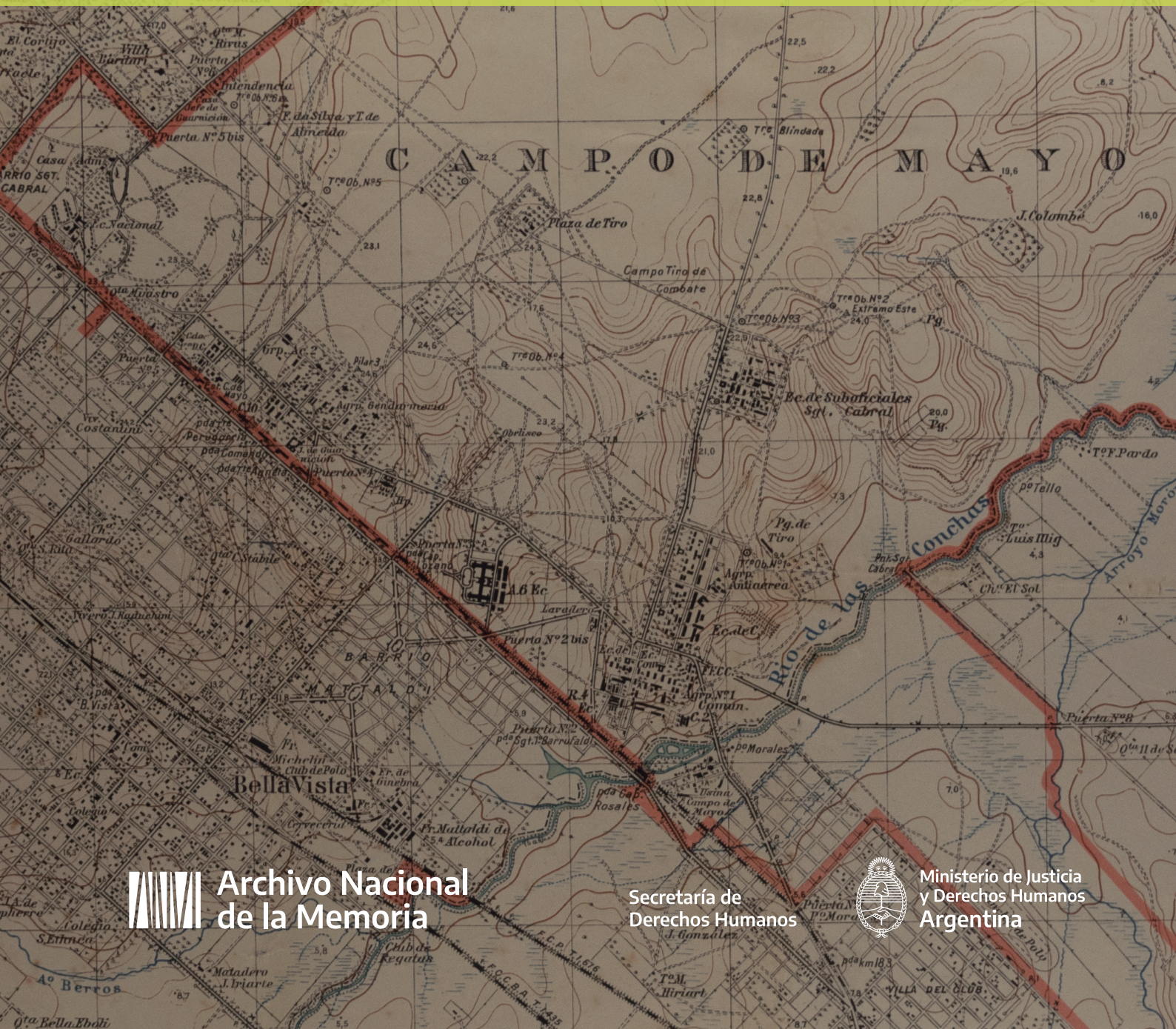


Investigar
Campo de Mayo

1

Campo de Mayo en la historia política argentina (1901-1943)



Archivo Nacional de la Memoria

Secretaría de Derechos Humanos



Ministerio de Justicia y Derechos Humanos Argentina

Autoridades

Presidencia de la Nación
Alberto Fernández

Vicepresidencia de la Nación
Cristina Fernández de Kirchner

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos
Martín Soria

Secretaría de Derechos Humanos
Horacio Pietragalla Corti

Archivo Nacional de la Memoria
Marcelo Castillo

Dirección Nacional de Gestión de Fondos Documentales
Andrea Copani

**Investigar
Campo de Mayo**

1

Campo de Mayo en la historia política argentina (1901-1943)

Coordinación de la colección

Marcelo Castillo y Rodrigo González Tizón

Autores del número

Rodrigo González Tizón (Coordinador de Investigaciones Históricas ANM)

Leandro Porcellini y Pablo Robledo (integrantes de la Coordinación de Investigaciones Históricas ANM)

Diseño y diagramación

Darío Addesi

Imagen de tapa

Ejército Argentino-Instituto Geográfico Militar.

Carta topográfica de la República Argentina: Campo de Mayo, Buenos Aires, 1941.

Fotografía de María Luján Bessone

Archivo Nacional de la Memoria. Campo de Mayo en la historia política argentina (1901-1943).
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación.
Secretaría de Derechos Humanos, 2022.
56 p.; 21x29,7 cm. – (Investigar Campo de Mayo. 1)
1. Historia Argentina. 2. Campo de Mayo. 3. Historia política. I. Título.
ISSN 2796-969X

Una colección para multiplicar los debates, las preguntas y las miradas sobre Campo de Mayo

Pero el pasado no es simplemente evocación emotiva; el pasado está presente porque toda política actúa sobre un medio concreto, sobre un marco histórico por el cual fluyen una serie de valores culturales acumulados a través del tiempo, y asimismo las instituciones que fueron producto de ese proceso.

Cooke, J. W. "Situación nacional y acción revolucionaria de las masas" (1965)¹.

La colección *Investigar Campo de Mayo*, impulsada desde el Archivo Nacional de la Memoria (ANM), surge en el marco del proyecto más amplio de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación (SDH) para la construcción de un Espacio de Memoria y Promoción de los Derechos Humanos dentro de la guarnición de Campo de Mayo. Allí se emplazará un Centro de Interpretación que permitirá a las y los visitantes conocer y reflexionar sobre la historia del lugar, donde funcionó uno de los mayores centros clandestinos de detención y exterminio de la última dictadura cívico-militar (1976-1983). La inauguración del Espacio de Memoria supone el inicio de una nueva etapa en la historia de Campo de Mayo, una en la que la Memoria, la Verdad y la Justicia tendrán un lugar protagónico.

Desde su génesis, esta colección de investigación pretende ser una herramienta para estimular nuevas lecturas y aproximaciones en torno a Campo de Mayo y su papel en distintos episo-

dios represivos y/o de quebrantamiento del orden constitucional, con foco en el terrorismo de Estado desplegado por la última dictadura cívico-militar. En esta línea, las publicaciones que conforman esta colección no se piensan como interpretaciones definitivas o únicas sobre los temas que aborda cada una. La propuesta, en cambio, es abrir la discusión y ofrecer enfoques y preguntas que permitan pensar y mirar a Campo de Mayo de una forma más compleja, desde ángulos novedosos y en el cruce de procesos históricos de corta y larga duración.

Las investigaciones que integran esta colección se nutren de un caudal de conocimiento construido por distintos actores a lo largo de más de cuatro décadas, que constituye el punto de partida ineludible para cualquier reflexión sobre Campo de Mayo y las violaciones a los derechos humanos que allí se cometieron. Un primer aporte en este sentido es el de las víctimas –sobrevivientes, familiares y allegados–, quienes reconstruyeron aspectos precisos del funcionamiento e identificaron a los responsables del dispositivo represivo que tuvo como eje a la guarnición y a su territorio de influencia. A ellos se suman los saberes produ-

cidos en el ámbito judicial y desde el Estado en el marco de los diversos juicios por los crímenes de lesa humanidad perpetrados en Campo de Mayo. Finalmente, están también los trabajos de investigadores e investigadoras que tomaron como eje diversas aristas de la represión ejercida desde la guarnición. Partiendo de todos estos aportes, un equipo compuesto por integrantes de las cuatro áreas de investigación que integran la SDH², bajo la coordinación del ANM, definió distintas líneas de trabajo que abordan diversos aspectos de Campo de Mayo y que se materializan en la serie de publicaciones que contiene esta colección.

El desafío que se traza *Investigar Campo de Mayo* es doble. Por un lado, generar el material de base para la producción de los contenidos que nutrirán el futuro Espacio de Memoria. Por otro lado, la colección aspira también a contribuir con el proceso de Memoria, Verdad y Justicia relativo

a los crímenes de lesa humanidad que se cometieron en y desde la guarnición durante los años del terrorismo de Estado en la Argentina. Se trata de un desafío mayúsculo y que, al mismo tiempo, invita a la reflexión en torno al sentido que debe asumir la investigación histórica en instituciones públicas como el ANM y la SDH y sobre los mecanismos necesarios para garantizar que ese conocimiento esté disponible y al servicio de la comunidad en su conjunto.

¹ Fragmento de la conferencia pronunciada en la sede de la Regional Bahía Blanca de la Confederación General del Trabajo (CGT) en 1965.

² Estas áreas son la Coordinación de Investigaciones Históricas del ANM, el Registro Unificado de Víctimas del Terrorismo de Estado (RUVTE), la Unidad especial de investigación de delitos de lesa humanidad cometidos con motivación económica y la Dirección Nacional de Asuntos Jurídicos Nacionales en materia de Derechos Humanos.

Marcelo Castillo
Presidente
Archivo Nacional de la Memoria

Introducción*

Durante los años de la última dictadura cívico-militar (1976-1983), funcionó en la guarnición de Campo de Mayo uno de los mayores centros clandestinos de detención y exterminio del país. Dentro de este predio del Ejército Argentino de cinco mil hectáreas, ubicado en el noroeste del conurbano bonaerense, se montaron distintos espacios de cautiverio ilegal: “El Campito”, “Las Casitas” –en las instalaciones del Destacamento de Inteligencia 201–, la Prisión Militar de Encausados y el Hospital Militar son algunos de ellos. Además, dentro de la guarnición funcionaron dos maternidades clandestinas donde dieron a luz mujeres secuestradas, cuyos hijos e hijas recién nacidos fueron apropiados por sus captores. La mayoría de las personas que permanecieron detenidas en Campo de Mayo continúa desaparecida. Gracias a los testimonios de las y los sobrevivientes y de algunos conscriptos que cumplían el servicio militar obligatorio en la guarnición, pudo saberse que su destino fueron los llamados “vuelos de la muerte”.

Emblema del terrorismo de Estado, Campo de Mayo tiene en realidad una historia que se remonta en el tiempo mucho más allá de los años de la última dictadura cívico-militar y hunde sus raíces en el proceso de consolidación del Estado nacional. El proyecto de creación de la guarnición se aprobó en 1901, durante la segunda presidencia de Julio A. Roca (1898-1904). Su artífice fue el entonces coronel Pablo Riccheri, a la sazón ministro de Guerra, quien se proponía llevar adelante una reforma radical del arma terrestre a imagen y semejanza del entonces en boga modelo de organización prusiano. Para que su proyecto fuera exitoso era imprescindible contar con predios distribuidos en diferentes puntos del país donde los distintos componentes del ejército pudieran realizar ejercicios y maniobras militares. Así nació Campo de Mayo.

Esta publicación se propone reconstruir la historia de Campo de Mayo previa al inicio de la última dictadura desde una perspectiva que hace foco en el rol que le cupo a la guarnición en distintos acontecimientos y procesos que marcaron el devenir político argentino del siglo XX. La primera entrega abarca el período que se extiende desde la creación del campo de maniobras, en 1901, hasta el golpe de Estado del 4 junio de 1943, en el que las unidades de la guarnición asumieron un rol protagónico. Durante estas cuatro décadas, Campo de Mayo fue sensible a los avatares de la política nacional y a las transformaciones y disputas que recorrieron al ejército a nivel interno y en su relación con los poderes civiles. Al calor de estos desarrollos, se produjeron cambios en la composición interna y la dependencia orgánica de la guarnición que influyeron de modo decisivo en la capacidad de incidencia de Campo de Mayo y sus unidades en los asuntos políticos nacionales.

“Mirar” la historia política argentina del siglo XX a través de la óptica de Campo de Mayo implica adentrarse en procesos que exceden a la guarnición, pero de la que esta formó parte. Procesos que tienen que ver fundamentalmente con la evolución histórica de las Fuerzas Armadas –y, en particular, del ejército– y con la participación de la institución castrense en las disputas políticas que atravesaron al país durante la centuria pasada. Se trata de temas que han despertado interés entre las y los especialistas a causa de la fuerte presencia del actor castrense a lo largo del período y, sobre todo, de su protagonismo en el ciclo de inestabilidad política y autoritarismo iniciado en 1930 y que, con un salto cualitativo en 1955, se extendió hasta la última dictadura cívico-militar.

Con el foco puesto en Campo de Mayo, esta publicación pretende echar luz sobre un problema más amplio: la paulatina conformación de un “poder militar” en la Argentina del siglo XX, en-

carnado fundamentalmente en el ejército (Rouquié, 1983). Se trata de un proceso que se gestó a lo largo de varias décadas y cuyos antecedentes pueden rastrearse en las grandes transformaciones que atravesaron a las Fuerzas Armadas en los inicios de la centuria pasada, tendientes a su profesionalización, modernización y ampliación. Concebida como una herramienta para la defensa del país ante agresiones externas y para la nacionalización de las masas, la institución militar se constituyó tempranamente en garante del orden establecido ante los desafíos de distinto tipo que enfrentaban los poderes de turno. A partir de 1930, la inestabilidad política permanente favoreció que las Fuerzas Armadas actuaran como elemento de estabilización y legitimación de un ordenamiento carente de hegemonía, poniendo en juego sus propios intereses y proyectos.

La perspectiva de largo plazo que adopta esta investigación, que pretende dar cuenta de las intervenciones de Campo de Mayo en la historia política nacional en el transcurso de siete décadas, exige sustraerse de una mirada estática y homogénea del actor castrense y de su modo de intervenir en la arena política. Durante el período analizado, lejos de permanecer inmutable, el mencionado poder militar se transformó sensiblemente, encarnó en estructuras y actores diversos y se vio atravesado por proyectos ideológicos y políticos que, en muchos casos, resultaban contradictorios entre sí. Alumbrar esos cambios y tensiones que atravesaron al actor castrense en su vínculo con

la política a través del estudio de lo acontecido en Campo de Mayo es uno de los desafíos que se traza esta publicación.

El análisis se estructura en torno a una serie de momentos que resultan significativos para comprender la relación entre ejército y política a lo largo del siglo XX. Momentos que coinciden con reformas sustantivas en la organización del arma terrestre, hechos represivos y/o ensayos de quebrantamiento del orden constitucional que tuvieron como protagonista a sectores del ejército y en los que es posible rastrear la intervención de Campo de Mayo. Esta primera parte de la publicación focaliza en los orígenes de la guarnición, en el proceso que le permitió concentrar unidades y efectivos como ninguna otra del país y en sus primeras intervenciones –de variado signo– en la arena política. Para ello, se abordan cuatro momentos: la reforma del ejército promovida por Riccheri en la década inicial del siglo pasado; la represión de la Semana Trágica y de las huelgas Patagónicas durante la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen; el golpe de Estado de septiembre de 1930, encabezado por el general José F. Uriburu; y el alzamiento que terminó con el derrocamiento del presidente Ramón S. Castillo en junio de 1943. Un recorrido por estos momentos, que muestra la paulatina transformación del campo de maniobras en un centro neurálgico del poder militar, echa luz sobre las relaciones del arma terrestre con las disputas políticas que atravesaron las primeras cuatro décadas del siglo XX argentino.

*Se agradecen los aportes a esta investigación de distintas áreas que conforman la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación y el Archivo Nacional de la Memoria (Dirección Nacional de Asuntos Jurídicos Nacionales en Materia de Derechos Humanos, Dirección Nacional de Sitios y Espacios de Memoria, Dirección Nacional de Gestión de Fondos Documentales, Coordinación de Investigaciones Históricas, Coordinación de Gestión de Fondos Audiovisuales, Coordinación de Gestión de Fondos del Archivo de la Conadep-SDH, Registro Unificado de Víctimas del Terrorismo de Estado, Unidad especial de investigación de delitos de lesa humanidad cometidos con motivación económica) Delegación de Informática y Gestión de la Información en Derechos Humanos; el Ministerio de Defensa de la Nación (Dirección Nacional de los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario); y a distintos repositorios documentales (Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Biblioteca del Congreso de la Nación, Servicio Histórico del Ejército).

La creación de Campo de Mayo

El 4 de septiembre de 1901, en la Cámara de Diputados de la Nación comenzaron los debates correspondientes al proyecto de ley que impulsaba la implementación del servicio militar obligatorio en la Argentina. Sancionada el 13 de diciembre, la Ley N° 4031 adquirió los rasgos de una normativa orgánica por la cantidad de temas abarcados. Con menor resonancia pública, un mes antes el Congreso nacional había aprobado la Ley N° 4005¹. La norma autorizaba las gestiones del Poder Ejecutivo encaminadas a adquirir los terrenos previstos para la construcción de un campo de ejercicios y maniobras militares en la provincia de Buenos Aires que recibiría el nombre de “Campo de Mayo”. Ambas leyes tenían en común algo más que la proximidad temporal: las dos formaban parte de una reforma integral del ejército impulsada por el ministro de Guerra de entonces, coronel Pablo Riccheri, con la anuencia del presidente Julio A. Roca, representante del Partido Autonomista Nacional (PAN).

El impacto duradero, en el plano militar y social, de la implementación del servicio militar obligatorio en la estructura de las Fuerzas Armadas facilitó que se identificara a la “Ley Riccheri” –como se la conoció comúnmente– como un punto decisivo en la organización del ejército del siglo XX². Por consejo del presidente, Riccheri consiguió que Bartolomé Mitre y los restantes

tenientes generales del ejército dieran su apoyo al proyecto antes de que fuera presentado en el Congreso de la Nación. Asimismo, el ministro logró adhesiones entre generales de división y de brigada e incluso identificó antiguas declaraciones favorables al establecimiento del servicio militar obligatorio en discursos de sus críticos parlamentarios (Fraga, 1996). De modo que antes que un debate entre defensores del viejo ejército y reformadores, tal como en algún momento se leyó, la discusión reflejó diferentes propuestas sobre cómo orientar una reforma militar sobre cuya necesidad había un consenso extendido (Rouquié, 1983a; Noro y Brown, 1999).

La creación de Campo de Mayo formó parte de este espíritu reformador que guió el impulso normativo del Poder Ejecutivo de 1901. Esta empresa legislativa se inscribió, a su vez, en procesos de largo plazo, vinculados a la transformación militar que estipuló la transición del “viejo ejército” de las guerras civiles a una organización más moderna en el pasaje del siglo XIX al XX. Este capítulo explora la historia de Campo de Mayo al calor de esas tendencias de corto y largo plazo, al tiempo que recorre algunos cambios atravesados por la guarnición durante sus primeros años de existencia, haciendo foco en su crecimiento y el lugar singular que comenzó a adquirir en la estructura del ejército.

Entre el viejo y el nuevo ejército

Lo que podría denominarse como la “antigua organización militar” involucra un conjunto muy variado de organismos pertenecientes a diferentes instituciones políticas que hunde sus raíces en el período virreinal. Sus rasgos distintivos,

por consiguiente, cobran forma al contrastar esas pautas de organización con las que regularon el funcionamiento del ejército durante el siglo XX. Heredero de las estructuras armadas de las provincias que se enfrentaron en las guerras civiles, el ejército que respondió al gobierno nacional luego de la batalla de Pavón (1861) fue una continuidad de las estructuras militares de línea que pertenecieron a la provincia de Buenos Aires (De Marco, 2000). Cuando las crisis políticas daban lugar a enfrentamientos armados o se requería alguna intervención específica en las fronteras que separaban a la población criolla de la originaria, la fuerza de carácter permanente era reforzada con los integrantes de la Guardia Nacional, antigua estructura de composición miliciana formada por los pobladores de las provincias.

El reclutamiento fue uno de los problemas endémicos de las Fuerzas Armadas del siglo XIX. La tropa de las unidades estaba conformada por las llamadas “clases” (suboficiales) y los soldados que se integraban de forma voluntaria. Sin embargo, las precarias condiciones de contratación y los rigores de la vida en cuarteles y en campaña hacían que la cantidad de voluntarios fuera siempre insuficiente. Por ese motivo, las plantas se completaban con efectivos que respondían a la figura de los “destinados”, movilizados a través de métodos coercitivos y arbitrarios por los poderes de cada jurisdicción, y por individuos que purgaban condenas por haber cometido delitos (Rodríguez, 1964). Al mismo tiempo, la incorporación y formación de los oficiales encargados de la conducción de unidades y regimientos, en gran medida se producía en cada repartición, y generalmente dependía de los vínculos sociales del aspirante que se integraba. Mecanismos similares escasamente formalizados, dependientes de las

relaciones sociales y políticas, también regulaban la carrera y los ascensos del oficial, aquel que se diferenciaba de sus pares por haber hecho de las armas su actividad principal (De Marco, 2000)³.

En los primeros años de la presidencia de Domingo F. Sarmiento (1868-1874) se crearon los institutos de formación de oficiales del ejército y la marina, embriones del Colegio Militar de la Nación y de la Escuela Naval Militar. La decisión tuvo que ver con la influencia que tuvo en Sarmiento la experiencia de la guerra civil en Estados Unidos, de la que fue testigo y donde contempló de primera mano la incorporación de adelantos técnicos en la práctica militar. Por las aulas de estos institutos pasaron numerosos estudiantes que al egresar comprendieron que asistían a una época de grandes cambios en la materia e impulsaron con fervor las orientaciones en curso, tales como la introducción de nuevos modelos de armamento (el paso de los viejos fusiles Remington a los Máuser) o la intensificación del uso en campaña de las innovaciones en medios de comunicación (ferrocarril, telégrafo y barcos a vapor). Hacia el fin de siglo XIX, los mundos de viejos y nuevos oficiales convivían al interior del Ejército⁴.

Según Rouquié (1983a), el arma terrestre con su antigua organización fue el instrumento que consolidó en Argentina la supremacía del Estado nacional y el monopolio federal de las Fuer-

¹ Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores. *Sesión del día 1 de agosto de 1901*.

² Sin embargo, tal como quedó expuesto en los debates y en el propio texto de la Ley N° 4031, el concepto del servicio militar obligatorio se encontraba ampliamente difundido antes de la aprobación de la norma y era uno de los ejes de la reforma impulsada por buena parte de los oficiales superiores del ejército (véase también las leyes N° 3318, 4707 y 5045). A su vez, existieron ensayos de conscripción obligatoria previo a la sanción de la ley, como el que se llevó adelante en la localidad de Curá-Malal en el año 1897 (Garaño, 2017).

³ Durante una buena parte del siglo XIX, incluso entre los oficiales superiores abundaban los jefes que no tenían la carrera militar como su labor primaria.

⁴ De Marco (2000) señala que mucho tiempo después aún persistía el recuerdo del contraste entre el semblante de los oficiales formados en las guerras civiles y el de los jóvenes graduados en los institutos creados por Sarmiento. Mientras los primeros usaban el bigote para abajo y la visera del kepis para arriba, los egresados del Colegio Militar utilizaban el bigote hacia arriba y la visera hacia abajo.

zas Armadas, restringiendo la capacidad de resistencia de los poderes autonómicos provinciales. Además de ese rol, el autor sostiene que el ejército de línea asumió también el papel de brazo armado de la oligarquía en el poder, a la que muchos de sus jefes pertenecían, garantizando así la continuidad del llamado “Orden Conservador”.

Este “viejo ejército” comenzó a resquebrajarse con las reformas impulsadas desde el Ministerio de Guerra y la propia cúspide del arma en el cambio de siglo. Dentro de las transformaciones orgánicas de la época, una que produjo particular consenso en gobernantes, legisladores y militares de las distintas generaciones fue la concesión del monopolio de la formación de los oficiales al Colegio Militar de la Nación. La creación de la Escuela de Aplicación de Oficiales con sede en Campo de Mayo, durante el ministerio de Riccheri, representó un último llamado a regularizar las carreras para los jefes en actividad que no habían pasado por los institutos militares (Comando en Jefe del Ejército, 1971). Estas medidas brindaron homogeneidad al cuadro de oficiales, pero al volver su acceso mucho más restrictivo generaron una expansión del espíritu de cuerpo que ensanchó la distancia social que separaba a los cuadros de la tropa (Rouquié, 1983a). Al mismo tiempo, a través del control de la admisión, formación y promoción de los aspirantes a integrar el personal superior del arma, se fortaleció la influencia de los pares a expensas de la injerencia de las relaciones personales y políticas.

La organicidad del cuerpo de oficiales también se vio reforzada por la creación del Estado Mayor permanente, la definición de sus componentes y sobre todo de sus atribuciones como asesor técnico en el ejercicio del comando, a cargo en la época del Ministerio de Guerra. En 1900 también fue creada la Escuela Superior de Guerra, destinada a formar oficiales superiores, que en adelante necesitaron del título emitido por la institución para integrar el Estado Mayor. La búsqueda por ajustar los conocimientos de jefes y clases a los nuevos requerimientos de la técnica militar se vio refrendada en la creación de múltiples establecimientos educativos. Entre otros, fueron fundados los institutos destinados a las distintas armas que tenía la fuerza en ese momento (Escuela de Caballería

y de Tiro), la Escuela de Suboficiales y la Escuela de Mecánica del Ejército.

La gran cantidad de normas y prescripciones, junto a la permanencia de diversos usos y costumbres en las unidades, fue otro de los elementos que los reformadores del cambio de siglo se propusieron homogeneizar y estandarizar. En 1909, a imagen de los reglamentos que guiaban el funcionamiento de su par alemán, el Ejército Argentino redactó los instructivos que sistematizaron el servicio interno de cada una de las armas –infantería, caballería y artillería–, los cuales fueron extensivos a los batallones de ingenieros e institutos militares (Comando en Jefe del Ejército, 1971).

Todos los cambios señalados fueron ejes de la conformación del ejército profesional del siglo XX. Sin embargo, la medida que modificó la escala del arma terrestre, resolvió sus problemas de reclutamiento y alteró su relación con la sociedad fue el establecimiento del servicio militar obligatorio para todos los argentinos varones con veinte años cumplidos por un lapso originalmente de veinticinco años. En este esquema el ciudadano quedaba vinculado a la Guardia Nacional entre los veintiocho y cuarenta años y a la Guardia Territorial durante los últimos cinco años.

Como ya se señaló al comienzo de este capítulo, esta disposición –y la ley que la sustentaría– estuvo íntimamente relacionada con el nacimiento de la guarnición de Campo de Mayo.

El servicio militar obligatorio y la creación de Campo de Mayo

En el contexto de la significativa transformación experimentada por el ejército en el anterior cambio de siglo se insertó la concepción reformista de Riccheri, oficial que había pasado por las aulas del Colegio Militar y que había cursado estudios superiores en Bélgica. En la década 1880, mientras estaba destinado en Europa para realizar compras de armamento, munición y equipos

⁵ Según Rouquié (1983a), estas prácticas eran habituales en los mandos del ejército alemán y funcionaban como un medio para expandir su influencia política y militar en Fuerzas Armadas de otros países. También formaban parte de la estrategia de la industria de guerra germana para vender materiales.



El presidente Roca y el ministro Riccheri junto a un núcleo de jefes del ejército durante la primera formación y revista en Campo de Mayo, en 1902. Fuente: 2ª División del Ejército. *Historia de Campo de Mayo*, Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar, 1933.

pudo presenciar maniobras del ejército alemán donde le fue permitido presenciar reuniones de Estado Mayor⁵. Durante el segundo mandato presidencial de Roca (1898-1904), y frente a un nuevo avance de las diferencias con Chile en materia limítrofe, Riccheri fue nuevamente enviado a Europa para adquirir materiales y armas para el ejército. Mientras duraba su comisión y en el marco de un relajamiento parcial de las tensiones con el país trasandino, en ocasión de encontrarse enfermo Luis María Campos, titular del Ministerio de Guerra, Roca solicitó a Riccheri que retornara al país para asumir la cartera. El 20 de septiembre de 1900, el entonces coronel fue nombrado al frente del cargo ministerial. Desde allí, promovió medidas para transformar el arma conforme a los grandes cambios que tenían lugar en la organización militar en el mundo, a tono con la difusión del modelo prusiano.

Tanto en las posiciones sostenidas ante las cámaras del Congreso de la Nación como en la letra de las leyes N° 4005 y 4031 pueden verse los rasgos principales de la reforma planteada por Riccheri. Particularmente, esta última norma planteaba una reorganización del ejército que permitía ver el rechazo del modelo del siglo anterior basado en la contratación de soldados y clases de voluntarios

o “enganchados”, como se los llamaba en la época. Por el contrario, la ley establecía un modelo alternativo (inspirado en la organización militar alemana) fundado en la obligatoriedad de todos los argentinos, nativos o naturalizados, mayores de veinte años de cumplir con un servicio militar de veinticinco años. Al llegar a esa edad, los ciudadanos varones debían enrolarse y realizar un proceso de incorporación e instrucción en el ejército permanente. Una pequeña parte del universo de jóvenes integrantes de la clase realizaba una prestación durante dos años (de este grupo se esperaba que se nutriera el segmento de suboficiales) y el resto cumplía tareas de instrucción durante seis meses en distintas unidades⁶. Al finalizar el período y hasta los veintiocho años de edad, los jóvenes quedaban integrados en la reserva del ejército de línea. El cálculo realizado por Riccheri era que anualmente se incorporarían unos quince mil conscriptos, que junto a las otras siete clases integrantes de la reserva conformarían un ejército de cien mil hombres.

Otra dimensión de los cambios que promo-

⁶ En 1905, la Ley N° 4707 modificó esta organización del servicio militar unificando el período de incorporación e instrucción al ejército en un año (en la marina, su duración era de dos años).

vía Riccheri, frecuentemente recuperada por los analistas del período, refiere al impacto cultural y disciplinario del reemplazo del modelo de reclutamiento basado en los enganchados por el servicio militar obligatorio. Esto ocurría en el marco del cambio de siglo, momento en que el régimen conservador se encontraba convulsionado por la negativa de las y los inmigrantes a abandonar los rituales y símbolos de sus patrias de origen, a lo que se sumaba la intensa actividad de oposición de las organizaciones obreras –fundamentalmente, las de orientación anarquista o socialista (Falcón, 1986-1987; Suriano, 1989-1990)–. En este contexto, se veía en el ejército una herramienta para la nacionalización y el disciplinamiento so-

cial (Devoto, 2003). El diputado oficialista Mariano Demaría, defensor del proyecto del Poder Ejecutivo en el Congreso, señalaba que los jóvenes que realizaban la conscripción “cuando salen del servicio, cuando vuelven a ser ciudadanos, vuelven más dignificados, más moralizados, llevando a la vida civil la simiente del orden, de moralidad, de cultura que han adquirido bajo banderas”⁷.

Uno de los principales críticos del proyecto de Riccheri fue Alberto Capdevilla, un general del Ejército Argentino que ocupaba un escaño en la Cámara de Diputados como parte de la oposición

⁷ Diario de sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión del 4 de septiembre de 1901.

Regiones militares, divisiones y comandos: el ejército y Campo de Mayo en los comienzos del siglo XX

Desde 1905, la distribución de responsabilidades, estructuras y efectivos del ejército a lo largo del territorio nacional se organizó en cinco regiones militares:

- 1ª Región. Buenos Aires.
- 2ª Región (Sur). Provincia de Buenos Aires, La Pampa y Patagonia.
- 3ª Región (Litoral). Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Misiones y Formosa.
- 4ª Región (Centro y Cuyo). Córdoba, San Luis, San Juan, Mendoza y La Rioja.
- 5ª Región (Norte). Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca, Salta, Jujuy, Los Andes.

Sobre la base de esta distribución territorial, fueron organizadas cinco divisiones con responsabilidad operativa respecto a las unidades destacadas en cada región. Además de un comando y un estado mayor, cada una de esas divisiones contenía unidades de tropa correspondientes a las distintas armas (en aquella época, infantería, caballería y artillería). Dentro de las regiones militares, bajo dependencias que fueron cambiando, también comenzaron a tener asiento escuelas e institutos de formación.

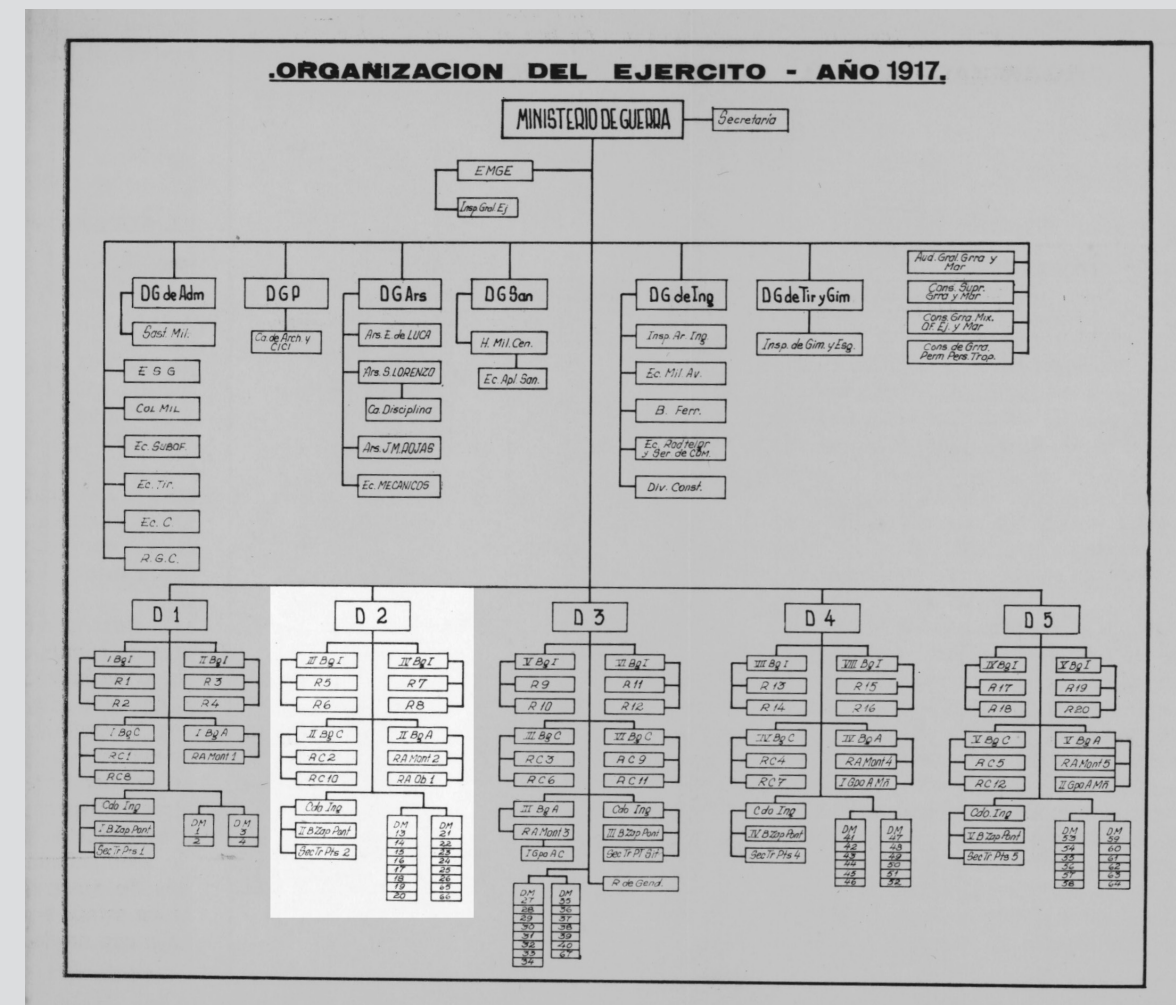
En 1909, un decreto firmado por el presidente José Figueroa Alcorta (1906-1910) reorganizó la existencia de las brigadas, comandos intermedios entre las divisiones de ejército y las unidades de tropa, a cargo de batallones y regimientos. Según el nuevo esquema, cada división quedó compuesta con dos brigadas de infantería, una de caballería y una de zapadores pontoneros (antecedente de las unidades de ingenieros).

En 1913, Campo de Mayo se convirtió en el lugar de asiento de la 2ª División del Ejército. Hacia 1917, dentro de la órbita de la guarnición se mantenía el esquema de brigadas establecido en 1909. Por debajo de estos comandos intermedios se encontraban dos regimientos de cada arma. En los primeros años del siglo XX, las unidades de tropa estuvieron sujetas a cambios de asiento frecuentes. No obstante, hacia el final de su segunda década, algunos regimientos fueron adquiriendo cuarteles permanentes en Campo de Mayo: el 8º de Infantería, el 2º y 10º de Caballería, el 2º de Artillería y el 2º Batallón de Zapadores Pontoneros. En los primeros veinte años de su existencia, los institutos de formación que más presencia tuvieron en la guarnición fueron la Escuela de Tiro y la Escuela de Suboficiales.

al gobierno. Integrante de la Comisión de Guerra de la Cámara, Capdevilla planteó que la reforma creaba un ejército de un tamaño exagerado, innecesario en tiempos de paz. Al mismo tiempo sugería que, en el marco de aumento de las tensiones con Chile, una medida de esas características antes que distender propiciaría una intensificación de las preocupaciones en el país vecino.

Sin embargo, la reorganización del ejército en una escala mucho mayor a la existente se hallaba en el corazón de la propuesta de Riccheri que aprobaría el Congreso. La Ley N° 4031 modificaba las regiones militares vigentes desde 1895 llevando su número a diez, mientras les asignaba la responsabilidad de un cuerpo de ejército en lo

referido a la instrucción, organización y movilización de los hombres disponibles en su jurisdicción. Sobre cada región militar, la norma creaba un comando de división, que junto a las jefaturas y clases dependientes de carácter permanente serían las estructuras encargadas de movilizar rápidamente las fuerzas incorporadas a la reserva. Para el ministro, esta distribución del poder militar basada en comandos por región era la clave para pasar en muy poco tiempo de la organización de paz al pie de guerra. Al mismo tiempo, la perspectiva de que las regiones actuaran como cuerpos de ejército distintos –para seguir la máxima prusiana de llegar separados y atacar juntos– era la base para poder aplicar una táctica ofensi-



Esquema organizativo del Ejército Argentino en 1917. Resaltada, la 2ª División del Ejército y sus estructuras dependientes. Fuente: Comando en Jefe del Ejército, *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino*, Buenos Aires: Círculo Militar, 1971.

va, aun dentro del propio territorio nacional.

En el marco del debate de la Ley N° 4005, Riccheri manifestó que para cumplir su función cada cuerpo de ejército debía contar con un campo de maniobras que le permitiera tener a sus comandos, jefes y tropas instruidos y entrenados en los distintos momentos de la guerra⁸. Así ocurría en Alemania, según su testimonio. La reforma del ministro estipulaba que cada dos años, los integrantes de la reserva fueran convocados nuevamente para realizar ejercicios y maniobras bajo la supervisión del comando divisionario. En sus intervenciones, algunos legisladores cuestionaron la orientación de los gastos militares para la adquisición de los terrenos del futuro campo de maniobras. La respuesta de Riccheri dejó en claro la centralidad que le asignaba a la creación de Campo de Mayo: partiendo del supuesto de que el nuevo ejército se apoyaba en la capacidad de movilizar para la defensa la mayor cantidad de efectivos, la capital del país y la división militar correspondiente se presentaban como la región más importante de todas por la cantidad de hombres que podía suministrar. Pero, además, esta jurisdicción albergaba los centros de formación de los oficiales, encargados de la conducción del ejército. Más allá de la ponderación ofrecida por el integrante del Poder Ejecutivo, su discurso y la adscripción de Campo de Mayo a la 1ª Región Militar, con su comando asentado en la Capital Federal, indican la ubicación relativamente acotada del campo de maniobras como lugar de ejercicios e instrucción dentro del esquema de una de sus divisiones de ejército.

Al solicitar a los diputados la aprobación de las gestiones realizadas por el gobierno, Riccheri justificó la elección del emplazamiento en los siguientes términos:

Este campo de maniobras responde del punto de vista militar a todas las necesidades que puedan presentarse. Es un terreno quebrado; tiene un río,

tiene tres ferrocarriles a sus inmediaciones que permiten ponerlo en comunicación rápida con todos los puntos de la república. Allí podrá instruirse tropas de las tres armas en maniobras combinadas; familiarizarse los soldados, los oficiales y los jefes del ejército con el conocimiento del terreno⁹.

El principal objeto de las críticas y resistencias al proyecto de compra de las tierras ubicadas en el partido de General Sarmiento de la provincia de Buenos Aires fue la opacidad del texto sobre las operaciones en curso para adquirir los lotes. En primer término, se registró una observación referida a la superficie de los terrenos a comprar y el tamaño del campo a construir. Una modificación al segundo artículo del texto, incorporada por la Comisión de Guerra de la Cámara de Diputados, intentó dar alguna precisión dejando por escrito que se intentaba expropiar alrededor de cien hectáreas. Pero consultado en el recinto, el ministro Riccheri afirmó que el primer artículo solicitaba la aprobación de operaciones que implicaban la compra de otras dos mil hectáreas. En igual sentido, el representante del gobierno fue interpelado por el origen de los fondos dedicados a las transacciones mencionadas. La respuesta ofrecida no fue bien recibida en la Cámara ya que modificaba las partidas para gastos militares aprobadas por el propio Congreso. El ministro indicó que estaba en marcha un ahorro del presupuesto anual que permitiría disponer del 8% del mismo, equivalente al monto necesario para la compra de los terrenos previstos (Fraga, 1996).

El método elegido para reducir gastos dejó en evidencia el vínculo estrecho entre el impulso de la conscripción universal y la creación de Campo de Mayo. El presupuesto aprobado requería que el gobierno garantizara un servicio mínimo de tropa de siete mil cien hombres. Al igual que en años anteriores, estaban cargados los gastos de contratación de soldados enganchados. Desde el ministerio habían decidido convocar conscriptos en su reemplazo, lo que generaba el ahorro mencionado. La aplicación de estos cambios drásticos en un año que culminaría con el inicio de operaciones militares contra Chile también generó cuestiona-

⁹ Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. *Sesión del día 24 de julio de 1901*.



Plano con los lotes adquiridos en 1901 y 1920 sobre los que se construyó Campo de Mayo, los primeros señalados con línea continua y los segundos identificados con línea punteada. Fuente: 2ª División del Ejército. *Historia de Campo de Mayo*, Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar, 1933.

mientos a la figura de Riccheri¹⁰.

Finalmente, las operaciones de compra y expropiación de lotes realizadas en 1901 dieron lugar a la adquisición de unas dos mil quinientas hectáreas, superficie original de Campo de Mayo

¹⁰ Una crisis diplomática dejó a ambos países al borde de entrar en guerra en diciembre de 1901. Mientras duraban las negociaciones y el envío recíproco de distintas señales, el Ejército Argentino entró en operaciones con el objetivo de prepararse para atacar. Años más tarde, estos hechos fueron reconocidos por el propio Riccheri.

(2ª División del Ejército, 1933). A pesar de las observaciones recibidas en el Congreso, Riccheri tenía intenciones de llevar la cuestión todavía más allá: planteó que con las tierras compradas el campo de maniobras no alcanzaba todavía las dimensiones estipuladas en la reforma que impulsaba. En el predio podrían realizar ejercicios unos seis mil hombres de las tres armas del ejército existentes al momento, pero por limitaciones presupuestarias todavía no sería posible disponer

de la superficie requerida para realizar ejercicios con dos divisiones. Sin embargo, la aspiración de Riccheri se conservó y podría decirse que en buena medida se materializó con la aprobación de la Ley N° 11070 en el año 1920, norma que autorizaba compras y expropiaciones de propiedades por unas mil cuatrocientas hectáreas. Con su incorporación se produciría el ensanchamiento de Campo de Mayo en dirección norte y este, alcanzando una superficie total de cuatro mil cien hectáreas, aproximadamente.

Antes de eso, en 1902, comenzaron a llegar unidades, escuelas y conscriptos de la clase 1880 al predio adquirido. También empezaron las obras de creación de nuevos galpones y cuarteles para

alojarlos. Concebido inicialmente como centro de incorporación, instrucción y movilización de la Capital Federal, el acantonamiento quedó bajo dependencia de la 1ª Región Militar. Sin embargo, el plan de Riccheri contemplado en la Ley N° 4031 se mostró muy ambicioso y antes de que terminara el año 1901, las diez regiones militares fueron reducidas a siete. En abril de 1905, un decreto presidencial reorganizó el ejército profundizando esa orientación: el número de cuerpos con responsabilidad territorial se limitó a cinco. En esa modificación, la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires quedaron dentro de comandos distintos. La 2ª Región Militar concentró bajo su dependencia las unidades destacadas a lo largo de la geografía

provincial y de los entonces territorios nacionales del sur del país. Entre ellas, se encontraba el acantonamiento de Campo de Mayo, que continuaba respondiendo a la 1ª Región Militar. Esta dualidad en la organización jurisdiccional coincidió con el crecimiento sostenido de las unidades, comandos y efectivos reunidos en Campo de Mayo¹¹. Esta concentración tensionó las estructuras diseñadas para el arma, situación que intentó resolverse en 1913 mediante un decreto que adecuó la organi-

¹¹ Al mismo tiempo, junto con el acantonamiento el gobierno adquirió y construyó una residencia destinada al comando superior del ejército (con el tiempo, esta propiedad recibió el nombre de Quinta del ministro de Guerra y residencia del Comandante en Jefe).

zación de los comandos a la realidad existente: el asiento de la 2ª Región Militar pasó de Bahía Blanca a Campo de Mayo (2ª División de Ejército, 1933). De este modo, la guarnición y sus unidades se separaron por completo del comando regional de la capital. En 1916, la unificación de las regiones militares y las divisiones de ejército determinó que el campo de maniobras se convirtiera en el lugar de asiento de la 2ª División. Comenzaba así una nueva etapa en la historia de Campo de Mayo, en la que la represión de la movilización popular sería la nota saliente.

El calzado de la polémica

El elevado costo que implicaba el proyecto de Riccheri para construir un campo de maniobras militares fue objeto de acalorados debates tanto en la Cámara de Senadores como en la de Diputados. La discusión, que recorrió varios ítems vinculados al presupuesto militar, se centró particularmente en uno: la calidad de los zapatos que utilizaban los soldados. Los críticos del ministro de Guerra se apoyaban en los problemas con el calzado para cuestionar la existencia del supuesto sobrante en el presupuesto militar de ese año que, según Riccheri, serviría para la adquisición de los terrenos para el futuro campo de maniobras.

Uno de los cuestionamientos más fuertes provino del diputado Salas, representante de la provincia de Mendoza y opositor acérrimo al proyecto del ministro de Guerra. En la sesión de la Cámara de Diputados del 24 de julio de 1901, señalaba que:

cuando yo veo (...) en un desfile militar pasearse por nuestras calles los soldados de infantería y llegar a los cuarteles con los pies escorados, como consecuencia del mal calzado de que están dotados, y ese mal calzado se le da al ejército por cues-

tiones de economía, yo digo: no debe haber economías en el ejército (...). Primero es dotar al ejército de lo que necesita, primero es formarlo, llenar sus claros dentro de sus cuarteles, y después sacarlos a hacer evoluciones en los campos de maniobras¹².

La cuestión fue retomada por Miguel Cané en la sesión de la Cámara de Senadores de la semana siguiente. En este caso, sin embargo, se trataba de un partidario de la reforma promovida por Riccheri. Su crítica apuntaba contra el formato de las licitaciones para la provisión de los borceguíes de los soldados, que estimulaba diversas estrategias de los fabricantes para ofrecer los precios más bajos, atentando contra la calidad de la materia prima empleada:

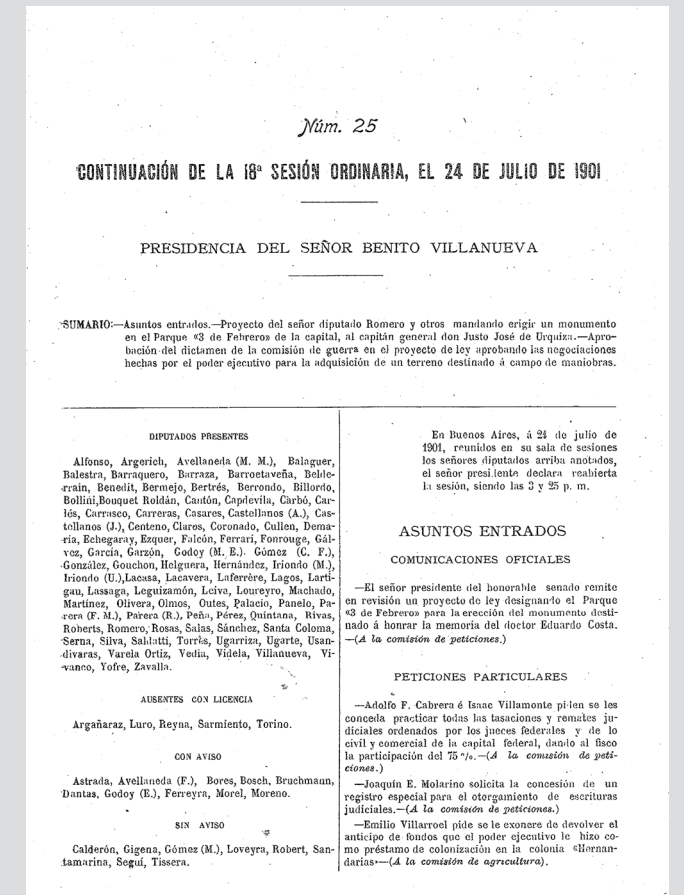
La industria ha llegado a tal punto, aguzando el ingenio para lucrar más, que ha inventado máquinas que dividen el cuero en dos (...). Así, señor Presidente, cuando solo se hace la licitación por

¹² Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión del 24 de julio de 1901.

el precio del calzado, se explica que los industriales de todos los países de la tierra (que todos son iguales y todos buscan lucrar) empleen todos estos medios para alcanzar el precio más reducido de la licitación (...). Me parece que una vez que el señor Ministro adoptara el tipo de calzado que sus técnicos le aconsejaron, [el] procedimiento de llamar a licitación el cuero y más tarde la fabricación del calzado, daría mejores resultados que los obtenidos hasta ahora¹³.

Aunque pintoresco cuando se lo ve desde el presente, el debate sobre el calzado ponía el foco en un punto sensible del proyecto de adquisición de terrenos para el futuro Campo de Mayo: su financiamiento. Prueba de la importancia que se le asignaba al asunto fue que tanto detractores como defensores de la propuesta de Riccheri le dedicaron un espacio considerable en sus intervenciones parlamentarias, dando lugar así a una verdadera “polémica del calzado”.

¹³ Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores. Sesión del 1 de julio de 1901.



Campo de Mayo en la represión de la Semana Trágica y de las huelgas patagónicas

El 12 de octubre de 1916, Hipólito Yrigoyen asumió la Presidencia de la Nación. Su llegada al poder fue la expresión más visible de las profundas transformaciones que atravesó el sistema político argentino durante las primeras dos décadas del siglo XX, cuyo hito fue la sanción de la Ley N° 8871 –mejor conocida como “Sáenz Peña”–, que estableció el voto obligatorio y secreto para los varones mayores de 18 años. El representante de la Unión Cívica Radical (UCR) pretendió reubicar la intervención estatal en los conflictos obreros que crecían de forma acelerada desde comienzos de la centuria: en contraste con las administraciones conservadoras precedentes, que hicieron del Estado un gendarme de las disposiciones patronales, Yrigoyen incentivó su rol de árbitro entre el capital y el trabajo. Para llevar adelante esta política, el propio presidente intervino en muchas de las huelgas del período y, en no pocas ocasiones, de manera favorable a los trabajadores¹⁴.

Esta faceta del gobierno de Yrigoyen, que le valió el calificativo de “obrerista”, coexistió con otra de carácter netamente represivo. El primer episodio saliente de esta actitud hacia la protesta obrera tuvo lugar en enero de 1919, durante una huelga de los trabajadores de los talleres metalúrgicos Vasena, en la Capital Federal. Dos años después, en 1921, se produjo un segundo evento

¹⁴ Esto fue así, en especial cuando los reclamos los impulsaban sindicatos vinculados al sector agroexportador, como los marítimos o ferroviarios, cuya actividad resultaba vital para el funcionamiento general de la economía argentina. La actitud del gobierno dependió también de la identidad política de los obreros movilizados. En este rubro, las simpatías de Yrigoyen se concentraron en la corriente sindicalista revolucionaria, cuya prescindencia política y organización centralizada facilitaron las negociaciones con la administración radical (Rock, 1975; Horowitz, 2015). En la época, la central que agrupaba a los integrantes de esta tendencia sindical era la Federación Obrera Regional Argentina del IX Congreso (FORA IX).

donde la administración radical dio rienda suelta a la represión, esta vez focalizada en los trabajadores rurales y urbanos de Santa Cruz¹⁵. En ambos acontecimientos, que recordaron la intransigencia estatal hacia la “cuestión social” característica del último cuarto del siglo XIX (Suriano, 1989-1990), tuvo participación Campo de Mayo. Aunque la inscripción territorial de la intervención y el involucramiento de sus reparticiones respondió a criterios divergentes, estos sólo pueden ser comprendidos si se concibe a la guarnición como un conjunto de unidades y comandos antes que como mero campo militar o acantonamiento.

Este capítulo analiza esos dos criterios que guiaron la intervención de las tropas de Campo de Mayo en la represión a los trabajadores durante la primera presidencia de Yrigoyen. Criterios que, a su vez, iluminan el papel que la guarnición comenzó a asumir en el ejército y en la política argentina. Durante la “Semana Trágica”, como se conoció a los hechos de enero 1919, la participación de Campo de Mayo revistió un carácter más orgánico –y también más visible– debido a que su

¹⁵ Durante los gobiernos radicales de la década de 1920 tuvieron lugar otros dos episodios represivos que se cobraron un elevado número de víctimas. El primero, conocido como la “Masacre de La Forestal”, ocurrió en la provincia de Santa Fe en 1921. Allí, con la anuencia del gobierno de Yrigoyen, fuerzas policiales privadas de la empresa británica La Forestal, dedicada a la producción de tanino, y miembros de la Liga Patriótica Argentina asesinaron a trabajadores que llevaban adelante una huelga (Jasinski, 2013). El otro hecho sucedió en el entonces territorio nacional del Chaco en julio de 1924, durante la gestión del radical Marcelo T. de Alvear. Las víctimas fueron los indígenas de los pueblos Qom y Mocoví-Moqoit reclusos en la reducción de Napalpí, quienes expresaron su descontento por las crecientes exacciones a las que los sometía la autoridad política. Como respuesta, el también radical Fernando Centeno, a la sazón gobernador del Chaco, organizó una fuerza integrada por policías y civiles criollos para reprimir a los habitantes de la reducción. Se calcula que en la “Masacre de Napalpí” fueron asesinados entre quinientas y mil personas.

comando principal, la 2ª División, participó con prácticamente todas las unidades bajo su dependencia. Paradójicamente, su accionar represivo se focalizó entonces fuera de la jurisdicción militar a su cargo, que no abarcaba la Capital Federal¹⁶. En contraste, la masacre de los trabajadores patagónicos, perpetrada por el 10º Regimiento de Caballería “Húsares de Pueyrredón” bajo las órdenes del teniente coronel Héctor Benigno Varela, a pesar de la lejanía geográfica tuvo lugar dentro del extenso territorio correspondiente al comando de la 2ª División del Ejército, tal como esta había quedado definida en la primera década del siglo.

La represión a los trabajadores en las calles de Buenos Aires

En diciembre de 1918, los trabajadores de los talleres metalúrgicos de la familia Vasena, ubicados en la zona sur de la Capital Federal, iniciaron un reclamo exigiendo una jornada laboral de ocho horas, aumentos de salarios, pagos suplementarios por horas extraordinarias, readmisión de los obreros despedidos con motivo de su actividad gremial y la supresión del trabajo a destajo¹⁷. El grupo mayoritario de trabajadores en huelga se hallaba asociado a la Federación Obrera Regional Argentina del V Congreso (FORA

¹⁶ Durante el desarrollo de la Semana Trágica puede observarse el despliegue de unidades (como la Escuela de Tiro o la Escuela de Suboficiales) que tenían asiento en Campo de Mayo pero dependían orgánicamente de otras direcciones y comandos. La configuración de Campo de Mayo y el comando divisionario a su cargo, en este período la 2ª División de Ejército, como una unidad significativa se relaciona con esta capacidad de poner bajo un solo mando operativo unidades que pertenecían a diferentes estructuras del ejército.

¹⁷ *La Prensa*, 9 de enero de 1919.

V), de orientación anarquista. La intransigencia de los propietarios del establecimiento y de sus socios británicos influyó en la prolongación del conflicto, que dio lugar a enfrentamientos entre los trabajadores en huelga y la policía, a la que se sumaban personas enviadas por la patronal a hostigar a los trabajadores movilizados.

En los primeros días de enero de 1919, en una escaramuza resultó herido un cabo de la policía, quien a los pocos días murió. Como respuesta, el 7 de enero, en el marco de un operativo desplegado contra los piquetes de huelga, la policía descargó más de dos mil disparos: el saldo fueron cuatro muertos y decenas de heridos (Bilsky, 1984). Estos episodios generaron una gran indignación en la población obrera, y al día siguiente distintos sindicatos expresaron su solidaridad y la FORA V anunció una huelga general. El paro se hizo sentir. El transporte y el comercio se vieron prácticamente interrumpidos y la ciudad quedó vacía. El día 9, una marcha que se inició en el sur de la ciudad se dirigió hacia el cementerio de Chacarita, donde serían enterrados algunos de los trabajadores asesinados.

En un marco de tensión donde se multiplicaban las acciones de resistencia y hostilidad hacia la autoridad, la policía se hallaba acuartelada y próxima a ser desbordada. Ante estas circunstancias, el gobierno de Yrigoyen decidió movilizar al ejército. Unidades de la 1ª División con asiento en la Capital Federal fueron puestas en marcha. Destacamentos de los regimientos N° 2 y 3 de Infantería llegaron con fusiles y ametralladoras a las inmediaciones de los talleres de San Cristóbal y abrieron fuego sobre los manifestantes¹⁸. Otro destacamento de similares características fue en-

¹⁸ *La Nación*, 10 de enero de 1919.



Fuerzas del ejército y de la policía apostadas en las calles de Buenos Aires durante la Semana Trágica. Fuente: Colección Archivo General de la Nación, Archivo Nacional de la Memoria.

viado a la comisaría ubicada en Caseros al 2700, en el barrio de Parque Patricios. Cuando, luego de una serie de enfrentamientos, lo que quedaba de las columnas de obreros llegó al cementerio también fue objeto del ataque de las tropas de línea. Los diarios *La Nación* y *La Prensa* informaron que las fuerzas allí presentes eran integrantes del Regimiento de Granaderos a Caballo.

Hacia el final de la noche, el balance para el gobierno era negativo y el futuro, incierto, con focos de conflicto en distintos puntos de la Capital Federal. En este contexto, en el que se evaluó incluso la posibilidad de establecer el estado de sitio, se produjo el ingreso en escena de la guarnición de Campo de Mayo. Si bien hay opiniones divergentes en cuanto a lo sucedido, lo cierto es que entre la noche del 9 de enero y la mañana del 10 el general Luis Dellepiane, comandante de la 2ª División, salió de Campo de Mayo y se presentó con varios regimientos a su cargo en la Capital Federal¹⁹. Asumió entonces el control de todas las fuerzas estatales destinadas a reprimir la huelga, incluso las de la 1ª División del Ejército con jurisdicción en el territorio capitalino. Según el periódico *La Nación*, las acciones del general respondían a di-

¹⁹ *La Prensa*, 10 de enero de 1919.

rectivas expresas del gobierno, aunque no son pocos los autores que sostienen que las maniobras de Dellepiane se desarrollaron al margen de la voluntad de Yrigoyen, llevando la situación a las puertas de un golpe de Estado (Rock, 1975)²⁰.

Sea por requerimiento del Poder Ejecutivo o por su vocación personal de fortalecer y concentrar el mando de la acción represiva, el 10 de enero el general Dellepiane estaba al frente de una fuerza de composición heterogénea y que concentraba unos diez mil hombres, entre unidades del ejército, la marina, la policía y los bomberos. Consigo trajo, en primer término, “los regimientos 2 y 10 de Caballería, 8 de infantería y todas las fuerzas de infantería de las escuelas de suboficiales, unidades destacadas en Campo de Mayo”²¹. Según el diario *La Prensa*, las dependencias de la 2ª División se asentaron en la “Exposición Rural de Palermo” y desde allí operaron contra los manifestantes²². Desde ese primer día, las acciones represivas se intensificaron de un modo signifi-

²⁰ El periódico fundado por Bartolomé Mitre señalaba que “en presencia de medidas que recibía el gobierno se dispuso ordenar por los ministerios respectivos que bajaran tropas de Campo de Mayo y marinería de desembarco” (*La Nación*, 10 de enero de 1919).

²¹ *La Nación*, 10 de enero de 1919.

²² *La Prensa*, 13 de enero de 1919.

cativo, en particular, los patrullajes conjuntos de pelotones del ejército y efectivos policiales por el centro de la ciudad y sus alrededores.

La misma noche del 10 de enero, en un conjunto de episodios cuyo origen no fue esclarecido, tuvieron lugar una serie de hechos armados orientados contra distintas reparticiones públicas, entre ellas el Departamento Central de Policía, ubicado en la calle Moreno, y el Correo Central. Según la prensa de la época, en el primero de estos casos, un conjunto de efectivos policiales se hallaba en un camión a la espera de ser remitido hacia diferentes comisarías cuando se escucharon disparos que provenían de las cercanías del Congreso. La respuesta de los uniformados fue replegarse al interior del edificio y abrir fuego a ciegas, dado que también se había cortado la luz. El desconcierto duró hasta que el propio Dellepiane se hizo presente en el edificio, cuando aún sonaban los disparos. Luego hizo llevar tropas del Regimiento N° 8 de Infantería que “fueron distribuidas convenientemente dentro y fuera del edificio”, mientras que “en las azoteas de éste se emplazaron ametralladoras y cañones en las cuatro esquinas”²³. A partir de ese momento, el jefe de las Fuerzas de la Capital estableció su comando en el Departamento Central de Policía.

Al día siguiente, sábado 11 de enero, el control de las calles de la ciudad por parte de las fuerzas de línea y policiales fue reforzado. Los pelotones recorrieron casa por casa los barrios de la ciudad de Buenos Aires en busca de activistas. Cualquier indicio de resistencia era respondido abriendo fuego. Una recorrida por las unidades afectadas a la represión permite apreciar que entre ellas se encontraba prácticamente la totalidad de las que por entonces revistaban en Campo de Mayo:

Contingente de tropas – Comando de Dellepiane

Los diversos contingentes de tropas acantonadas en esta Capital provienen de los Regimientos 1, 2, 3 y 4 de infantería, 1° de Ingenieros, 1° de Caballería, 2 de Artillería, 2 y 10 de Caballería, 8 de infantería, 1° de ferroviarios, 1° de obuses y escuela de tiro y de suboficiales”²⁴.

²³ *La Nación*, 11 de enero de 1919.

Durante el día 12 de enero, la represión hizo sentir sus efectos y el movimiento de protesta comenzó a perder fuerza. Algunas agrupaciones sindicales de las más poderosas proclamaron el final de la huelga general. Los militantes anarquistas y los sectores más radicalizados del movimiento obrero permanecían activos, pero empezaron a ser objeto de una campaña xenófoba y estigmatizante²⁵. A estos señalamientos se sumaron los ataques de las organizaciones armadas de civiles que, identificadas con la defensa del orden social, se ofrecieron como auxiliares de la policía para terminar con la “amenaza maximalista”. Entre los distintos grupos que emergieron durante esos días, uno se distinguió en particular: la Liga Patriótica Argentina. Conformada por sectores acomodados de la sociedad argentina, esta organización combinó las acciones parapoliciales con otras que abarcaron el terreno político y cultural. Su objetivo privilegiado fueron las organizaciones obreras, pero la Liga Patriótica se dedicó también a asediar al gobierno radical y su política social (McGee Deutsch, 2003).

En los días sucesivos, el pánico por la amenaza de una revolución obrera análoga a la que había tenido lugar en Rusia dos años antes cedió su lugar al temor a la “conspiración ácrata” o “maximalista” encarnada en rusos, judíos y eslavos, quienes eran acusados de integrar sociedades secretas. Se produjeron pogromos e intervino personal del ejército y de la policía en agresiones y detenciones de integrantes de la comunidad judía de los barrios de Once y Abasto. Mientras en la Capital Federal algunos grupos anarquistas continuaban a duras penas la huelga a pesar de la represión, sus representaciones en el interior del país (como en Mar del Plata y Rosario) lograban algunos avances. Al mismo tiempo que Dellepiane se despedía de policías y bomberos solicitándoles limitar las detenciones realizadas por personal ajeno a las

²⁴ *La Nación*, 13 de enero de 1919.

²⁵ Los primeros seis regimientos pertenecían a la 1ª División, mientras que los restantes estaban bajo la órbita de Campo de Mayo. En otros artículos de la prensa se ven afectadas más unidades que las aquí consignadas: Regimiento N° 8 de Caballería con asiento en Liniers; el Regimiento N° 7 de Infantería de La Plata (perteneciente a la 2ª División). También fueron convocados los regimientos 5 y 12 de Caballería, de comisión en Salta.

RESERVA DEL EJERCITO NACIONAL

CONVOCATORIA DE LA CLASE DE 1897

DECRETO DEL PODER EJECUTIVO

COMO SE HARA EN LA CAPITAL FEDERAL

Convocatoria a los soldados conscriptos clase 1897 recientemente licenciados durante la Semana Trágica. Fuente: *La Prensa*, 14 de enero de 1919. Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

fuerzas, en una búsqueda de mitigar la brutalidad de los aliados civiles, el gobierno convocó a los conscriptos de la clase 1897, licenciados recientemente, para que retornen a los cuarteles con el objetivo de sofocar la rebelión en el interior.

En sus últimos días en Buenos Aires, Dellepiane se reunió con sindicalistas y anarquistas con el objetivo de acortar la huelga y una represión que por prolongada y excesiva amenazaba con volverse en su contra. Desde la Jefatura de Policía, ligada al gobierno, su postura fue desafiada con el allanamiento del diario *La Protesta*, de orientación anarquista. Como respuesta, el general presentó su renuncia, pero entonces un clamor aristocrático le recordó al gobierno en quién conservaba su confianza el sector dominante. El día 17 de enero, tras recibir la orden de regresar a sus funciones de comandante de la 2ª División, Dellepiane regresó a Campo de Mayo con todas las unidades que habían sido enviadas a la Capital Federal. Abandonaba la ciudad que había sometido a sangre y fuego.

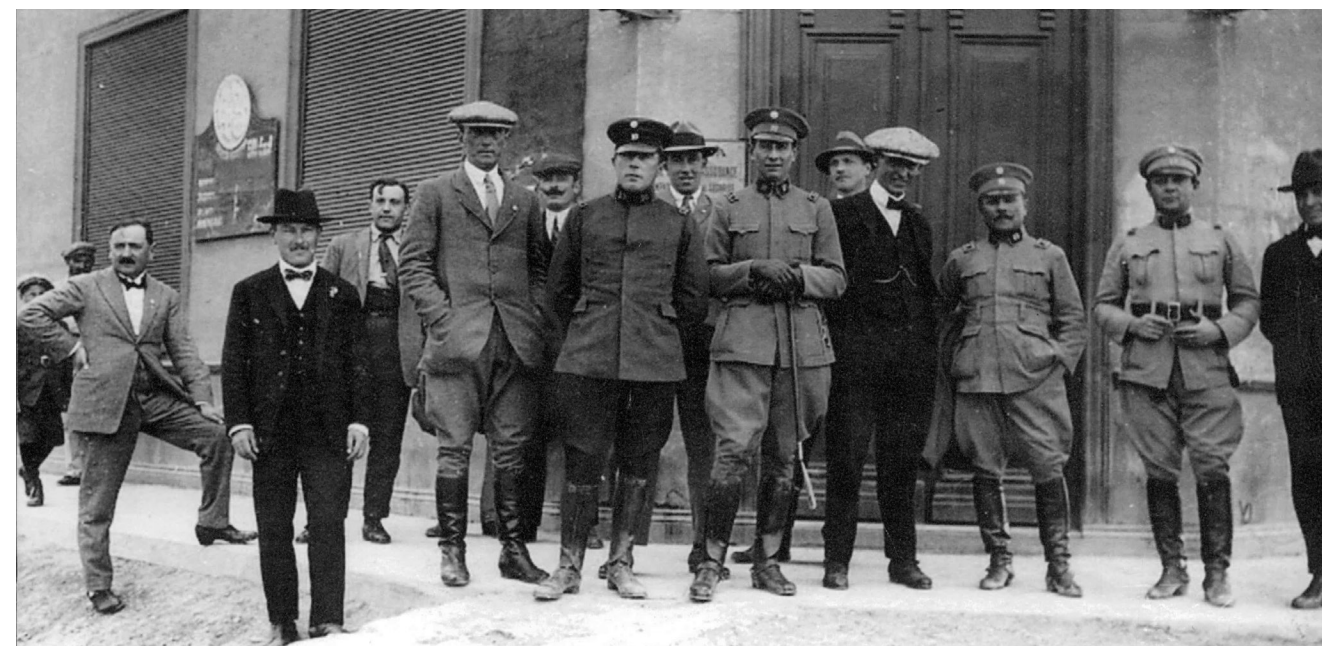
IncurSIONES DE CABALLERÍA EN LA PATAGONIA

Al año siguiente de los sucesos de la Semana Trágica se inició en la Patagonia otra serie de huelgas que culminó con una feroz represión emprendida por unidades de Campo de Mayo. La movilización de los trabajadores era consecuencia de la situación social y económica particularmen-

te crítica de los territorios patagónicos durante la inmediata posguerra. En una economía regional que tenía como eje la producción ganadera ovina dedicada a la producción de carne y lana para los mercados ultramarinos, el ganado y la tierra pertenecían a un reducido grupo de hacendados que explotaban inmensas estancias de decenas de miles de hectáreas. Los propietarios, en su mayoría extranjeros, imponían en sus propiedades y en la sociedad el rigor de su poder y su influencia, ignorando en muchos casos las leyes nacionales en perjuicio de obreros y sectores desposeídos.

Sobre este escenario se montó la crisis provocada por el cierre de los mercados internacionales –debido al auge del proteccionismo– y el encarecimiento de los fletes –a causa de los bloqueos y la guerra submarina– durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Esto redundó en una caída brutal de las exportaciones argentinas y frenó la expansión económica (Belini y Korol, 2012). Con el final de la conflagración, la recomposición de la oferta llevó a una caída de los precios de la lana que, sumada a los altos niveles de desempleo y los bajos salarios de una mano de obra contratada de forma precaria y estacional, generó una situación social explosiva en el territorio patagónico.

Hacia fines de 1920, a instancias de la Federación Obrera local, de orientación anarquista, cobró vigor un movimiento huelguístico que se propagó de las ciudades al campo en reclamo de mejores condiciones de alojamiento y de trabajo, aumento de salarios y reconocimiento de su organización gremial. Los grupos militantes iban por



El teniente coronel Héctor Varela junto al capitán Pedro Viñas Ibarra, el teniente 1o. Ricardo Schweizer e integrantes del RC 10 en Río Gallegos, Santa Cruz. Fuente: Colección Archivo General de la Nación, Archivo Nacional de la Memoria.

las estancias paralizando las tareas, sumando trabajadores a sus columnas y tomando caballadas y provisiones para sostener la huelga y evitar ser perseguidos. En algunos casos, también llevaban consigo a los hacendados como prisioneros. Esto dio lugar al pánico de los sectores propietarios que consideraron estar frente a un movimiento revolucionario y, en consonancia con ese diagnóstico, fortalecieron las formaciones paramilitares –como las Guardias Blancas y la Liga Patriótica– destinadas a perseguir y reprimir obreros, de modo similar a lo que había ocurrido durante la Semana Trágica (Bayer, 2009).

La presión de los representantes de las clases acomodadas de la Patagonia fue determinante para forzar al gobierno federal a tomar medidas en el conflicto de Santa Cruz. La primera intervención se desarrolló en los meses iniciales de 1921 y estuvo a cargo del Regimiento N° 10 de Caballería “Húsares de Pueyrredón” (RC 10) y de su comandante, el teniente coronel Héctor Benigno Varela. El RC 10 había sido desorganizado luego de su participación en el alzamiento radical de 1905. Tras producirse el triunfo de la UCR, en 1917, el presidente Yrigoyen dispuso su reorganización y estableció su asiento de paz en Campo de Mayo²⁶. De ese modo, la unidad y el Regimiento N° 2 de Caballería “Lanceros General Paz” (RC 2)

quedaron como las unidades montadas de la 2ª División del Ejército. Este comando, aún a cargo del general Dellepiane, ejercía desde Campo de Mayo el control de la 2ª Región Militar y tenía jurisdicción sobre las provincias de Buenos Aires y La Pampa y sobre la Patagonia²⁷. Por eso, no resultó extraña –a pesar de la lejanía en kilómetros– la decisión de movilizar al RC 10 para intervenir en los conflictos de Santa Cruz. Tampoco lo sería que se sumara el RC 2 en ocasión de la segunda expedición. Fundada en un criterio distinto al que guió la participación de sus unidades en la Semana Trágica, la guarnición nuevamente asumió un lugar protagónico en la represión de los trabajadores en huelga.

Durante el primer desembarco de las tropas de caballería en suelo patagónico, entre enero y febrero de 1921, la postura de Varela y del interventor provincial, el radical Ángel Yza, fue hacer lugar a gran parte de los reclamos obreros. Al llegar la primavera, tras el incumplimiento de algunos

²⁶ Regimiento N° 10 de Caballería “Húsares de Pueyrredón”. *Libros históricos 1920-1936*, s/f. Serie Libros y Memorias Históricas. Servicio Histórico del Ejército.

²⁷ Entre los regimientos de caballería y la División (que agrupaba también elementos de infantería y artillería) se encontraba un comando intermedio, específico del arma, que era la Brigada N° 2 de Caballería.

de los puntos reconocidos en el laudo del gobernador y la formulación de nuevos reclamos por parte de los trabajadores, entre los que ocupaban un lugar destacado la liberación de obreros detenidos y confinados, la Federación Obrera lanzó una nueva huelga que abarcó ciudades, puertos y también el campo. Desde la prensa, el movimiento de protesta fue presentado como obra de bandoleros que ponían en riesgo el orden existente y atentaban contra la Nación argentina. Esos mismos diarios, además, responsabilizaban al gobierno de Yrigoyen por lo ocurrido. Se decidió entonces organizar una segunda expedición del ejército a territorio patagónico. Esta intervención, iniciada en noviembre de 1921, fue la contracara de la primera. La segunda campaña a Santa Cruz se inscribiría en el registro de enero de 1919, con el ejército restaurando el orden social a punta de sus fusiles Máuser.

La base con la que Varela dispuso la persecución y represión de los huelguistas patagónicos estuvo constituida por dos de los tres escuadrones del 10° de Caballería, a los que se sumó un tercero, organizado sobre la marcha, con tropa y oficiales del RC 2 pero al mando de un jefe del RC 10. En su diario de campaña, el teniente coronel Varela dejó asentado que, junto a cinco oficiales, un cirujano y 174 integrantes de tropa, partió a bordo del buque "Guardia Nacional" con destino a Río Gallegos el día 4 de noviembre de 1921²⁸. Años después, un conscripto de la clase 1900 describía el momento en el que, tras cumplir el servicio militar en Campo de Mayo, fue convocado para ir a Santa Cruz:

Hice el servicio militar en el 10 de Caballería de Campo de Mayo, en el año 1921, integrando el tercer escuadrón. Recuerdo que ese año el clima político social del país fue sacudido por numerosas huelgas y graves enfrentamientos.

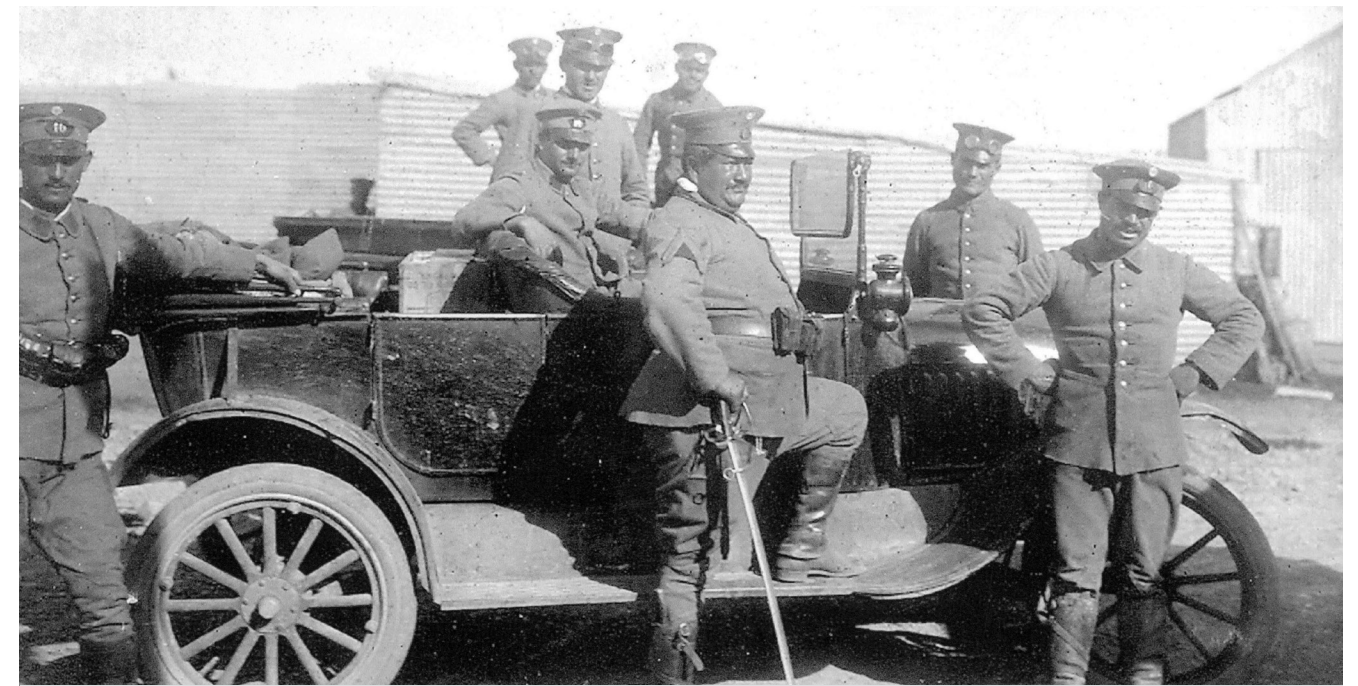
Al llegar el mes de noviembre nos dieron de baja a la gran mayoría. Ya vistiendo de civil, cuando festejábamos el término de la milicia, llega de improviso una orden de tomar nuevamente las armas e

implementos de campaña. Hubo gran descontento, el que nos privamos de hacer llegar a nuestros superiores. El 2 de noviembre, para peor día de mi cumpleaños, embarcamos en el puerto de Buenos Aires el primer y tercer escuadrón. Lo hicimos sobre el buque "Guardia Nacional" con todos los elementos de campaña, armas y aperos, menos los caballos, los que nos fueron provistos al llegar a Río Gallegos, por los ricos de las estancias²⁹.

A bordo del transporte Guardia Nacional, Varela y el RC 10 llegaron a Santa Cruz el 9 de noviembre de 1921 con nuevas órdenes dictadas desde el Ministerio de Guerra. Desembarcaron a pocos kilómetros de Río Gallegos, donde al llegar los militares constataron que la actividad económica estaba totalmente parada. El comandante de la unidad aprovechó para hacer contactos que dejaron ver la orientación de sus pasos siguientes, tal como quedó en evidencia en una nota publicada por el diario *La Nación* bajo el título "La campaña contra el bandolerismo en la Patagonia":

El teniente coronel Varela, a su llegada a Gallegos, se entrevistó con el presidente de la brigada local de la Liga Patriótica, Sr. Ibón Noya, quien tenía organizado un servicio de patrullas civiles. Bajo la dirección de éste, se constituyó una comisión de estancieros, que facilitó sus automóviles y camiones con los cuales se inició un rápido avance hacia el interior. De esta manera, por los buenos caminos de la Patagonia se llegó en un día hasta los sitios dominados por los revoltosos³⁰.

Antes de emprender la marcha, Varela estableció un plan de acción. Conformó tres grupos que partieron en distintas direcciones con zonas asignadas para perseguir y capturar a los campamentos de los huelguistas. La primera columna estuvo a cargo del capitán Pedro Viñas Ibarra, comandante del 2° Escuadrón del RC 10, quien secundado por el subteniente Juan Carlos Frugoni Miranda y cincuenta integrantes de tropa fue destinado a operar en el extremo sudeste de Santa Cruz, en



Integrantes del Regimiento 10 de Caballería "Húsares de Pueyrredón" en el Puerto de Santa Cruz, 1921. Fuente: Colección Archivo General de la Nación, Archivo Nacional de la Memoria.

la zona cordillerana, en un área que comprendía desde el límite sur con Chile hasta la región de los lagos Argentino y Viedma. El segundo grupo tuvo como jefe al capitán Pedro Campos, comandante del 3° Escuadrón del regimiento. Junto a treinta soldados de tropa fue enviado a la zona central del territorio al sur del río Santa Cruz. Por último, el propio Varela, junto al teniente 1° Ricardo Schweizer, se dirigió para actuar en la zona de Paso Ibáñez (hoy ciudad Comandante Luis Piedra Buena) y en Puerto Santa Cruz, ubicado en la desembocadura del río homónimo en el océano Atlántico.

En el transcurso de la campaña, el comandante dispuso subdivisiones sobre esas columnas originales, al frente de las cuales puso a distintos oficiales. Cada una de esas agrupaciones tuvo a su cargo nuevos objetivos y tareas represivas. Incluso, el día 21 de noviembre convocó para que fuera enviado desde Buenos Aires, y en particular desde Campo de Mayo, un nuevo escuadrón³¹, que se creó específicamente para engrosar las columnas

en el sur. Bajo la jefatura del teniente 1° Elbio C. Anaya (integrante del RC 10) y con oficiales y tropas del RC 2, este cuarto escuadrón de caballería fue enviado junto a una sección de ametralladoras para operar desde Río Chico hacia el norte de Santa Cruz.

El diario de campaña donde cada jefe describió las operaciones realizadas ofrecía, desde su propia confección, una justificación del accionar militar y un intento de encubrir los crímenes cometidos contra los obreros en huelga³². El relato de los acontecimientos que proponía el documento, que en muchas de sus páginas llevaba la firma del propio teniente coronel Varela, apuntaba a enaltecer la campaña del RC 10, y constituyó un mecanismo de respuesta a las informaciones y denuncias que comenzaron a circular en Buenos Aires y el país en forma contemporánea a los hechos.

A través de una extensa investigación que recopiló testimonios de distintas víctimas, testigos e incluyó declaraciones de militantes obreros, estancieros, políticos, policías, soldados y oficiales del RC 10 y se valió de un profundo trabajo de archivo, Bayer (2009) ofreció una explicación de

²⁸ Regimiento N° 10 de Caballería "Húsares de Pueyrredón". *Campaña de Santa Cruz*. Resumen general 1921-1922. Serie Diarios de Guerra. Servicio Histórico del Ejército.

²⁹ Se trata de Ramón Octavio Vallejos y su testimonio es citado en Bayer (2009: 138).

³⁰ *La Nación*, 29 de enero de 1922. El artículo fue escrito por el enviado especial del diario en Santa Cruz.

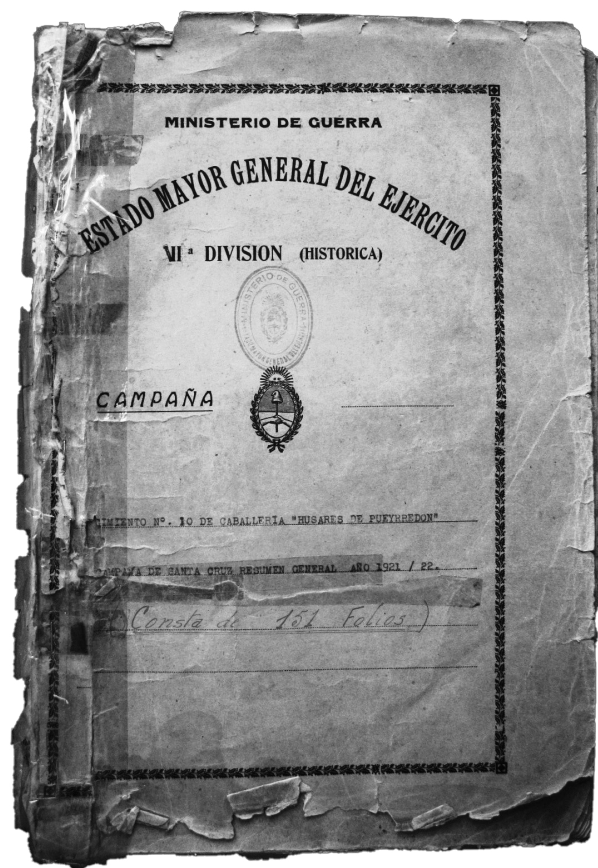
³¹ Como reflejan sus libros históricos y al igual que el resto de las unidades tras la Primera Guerra Mundial, el RC 10 contaba con una organización ternaria, compuesta por tres escuadrones. El cuarto elemento fue creado específicamente para operar en la Patagonia.

³² Regimiento N° 10 de Caballería "Húsares de Pueyrredón". *Campaña de Santa Cruz*. Resumen general 1921-1922. Op. cit.

las acciones represivas que los oficiales del ejército ocultaron deliberadamente o admitieron de manera velada.

La decisión de Varela de establecer la pena de muerte y fusilar a los protagonistas del movimiento puede verse reflejada en las órdenes recibidas por Anaya, a quien aún embarcado se le indicó que “Revoltosos se retiran de Paso Ibañez hacia el oeste, trate de cortarles retirada hacia este punto. Capitán Campos perseguirá desde Paso Ibañez. Recomendando los cabecillas de grupo, hay que proceder sin consideración – llevan numerosas caballadas”³³. En su informe, las acciones del RC 10 fueron descritas por el capitán Pedro Viñas Ibañez como hazañas. Su tropa “con el arma lista en todo momento, combatiendo a menudo en terreno desconocido, cuyos habitantes en su mayor parte son chilenos, con un clima diametralmente opuesto; podría decirse con toda justicia y sin egoísmo considerarse una proeza que nuestra Nación no puede olvidar”³⁴. Se refiere a las operaciones que él mismo dirigió en las regiones de Punta Alta, el Lago Argentino o conjuntamente con Campos en Estancia La Anita. También a aquellas comandadas por Anaya en San José y por el propio Varela en Paso Ibañez, Río Chico, Bella Vista y Puerto Deseado.

En su investigación sobre los hechos represivos de la Patagonia, Bayer (2009) señaló algunas de las inconsistencias que anidaban en los relatos de distintos integrantes del RC 10 sobre esos episodios. Las descripciones de los militares están plagadas de referencias a enfrentamientos cortos en los que una o dos decenas de soldados (que, salvo muy pocas excepciones, no contaban bajas ni heridos) capturaban a centenares de bandoleros supuestamente bien armados. En realidad, solo unos pocos tenían rifles, y de peor calidad y menor poder de fuego que los fusiles y ametralladoras del ejército. Detrás de esas rendiciones masivas, se encontraban huelguistas dispuestos a conversar y negociar por sus reivindicaciones con aquellos militares que se habían mostrado receptivos a sus demandas a principios de aquel 1921. El resultado fueron las capturas colectivas, los



Portada del Diario de Campaña del Regimiento 10 de Caballería "Húsares de Pueyrredón" en la Patagonia. Fuente: Serie Diarios de Guerra. Servicio Histórico del Ejército.

engaños y los constantes dispositivos destinados a “depurar responsabilidades” entre prisioneros, antesala de los fusilamientos: jefes que aparecían muertos en cada enfrentamiento, integrantes del movimiento huelguístico que tras ser torturados perdían sus vidas en las imprecisiones de la cantidad de fallecidos y asesinados en supuestos traslados a las ciudades o huyendo heridos.

Con diferencias en las modalidades y criterios de intervención, la participación de las unidades y comandos de Campo de Mayo en la Semana Trágica y la represión a los huelguistas de la Patagonia –las dos masacres de obreros más grandes de la primera mitad del siglo XX argentino– habilita una lectura de conjunto. Este acercamiento permite identificar el lugar que ocupó la guarnición en el marco más amplio de las transformaciones que atravesaba el Ejército Argentino en el período, las cuales no deben quedar invisibilizadas por las evidentes responsabilidades del gobierno de Yrigoyen en el accionar represivo. Expresión precoz

de los efectos generados por la expansión de su organización profesional y sus efectivos a través de la Ley Riccheri, Campo de Mayo quedó en el centro de un poder militar embrionario que poco a poco comenzó a autoperibirse como garante del orden social, última barrera de contención frente a un “enemigo interno” que, con distintos

rostros y denominaciones, ponía en riesgo la integridad del cuerpo social. El reconocimiento de ese papel, como se insinuó en los eventos analizados, dejó al Ejército al borde de la desobediencia a la autoridad política. Actitud que los responsables de la conducción de Campo de Mayo asumirían en el futuro.

El banquete de los vencedores

La campaña represiva de la Patagonia fue contundente en cuanto a sus resultados: la derrota aplastante del movimiento de trabajadores rurales y urbanos de la región y su contracara, el refuerzo de la dominación de los grandes propietarios de las haciendas ganaderas y sus socios comerciales y bancarios. A modo de agradecimiento por el “servicio” realizado, los sectores dominantes rindieron distintos tipos de homenajes al teniente coronel Varela y a los principales oficiales de sus “Húsares de Pueyrredón”.

Entre los actos de agasajo sobresalieron los banquetes que se organizaron en honor a los militares. La invitación a uno que tuvo lugar el 28 de diciembre de 1921 permite reconstruir la impronta de esos eventos. Organizada en nombre del “pueblo de Santa Cruz”, según reza el texto del documento, “como demostración de agradecimiento por la pacificación del territorio”, la comida tendría lugar en los salones del Club Social. El reverso de la invitación contenía los nombres de los integrantes de la Comisión Organizadora y el contenido del menú, escrito íntegramente en francés, a tono con la sofisticación del conjunto.

Estos verdaderos “banquetes de los vencedores” fueron la manifestación más visible, aunque no la única, de los apoyos civiles a la represión de las huelgas patagónicas. Un recorrido por sus asistentes y organizadores permite delinear la fisonomía del componente social y político que se benefició a costa de la matanza de los trabajadores.



Invitación al Banquete ofrecido a los integrantes del Regimiento 10 de Caballería "Húsares de Pueyrredón" en agradecimiento por la "pacificación del Territorio" de Santa Cruz. Fuente: Colección Archivo General de la Nación, Archivo Nacional de la Memoria.

³³ Ibidem, fs. 70 -71.

³⁴ Ibidem, f. 59.

Septiembre de 1930: Campo de Mayo frente al golpe de Uriburu

Sobre el mediodía del 6 de septiembre de 1930, mientras el general José Félix Uriburu marchaba junto a los cadetes del Colegio Militar y la tropa de la Escuela de Comunicaciones hacia la Casa Rosada, la guarnición de Campo de Mayo se encontraba en el sector que defendía al gobierno de Hipólito Yrigoyen. En aquella época, el acantonamiento contaba con unos seis mil hombres y agrupaba, bajo un mismo comando y en un mismo lugar, a una gran cantidad de unidades de las distintas armas del ejército en las cercanías de la Capital Federal. Además de Campo de Mayo, el bando leal al presidente incluía a los regimientos de las armas de infantería, caballería y artillería de la 1ª División y controlaba el Arsenal de Guerra. Enfrente, la columna sublevada reunía a unos mil quinientos hombres de los institutos de formación mencionados, a los que se sumaban la Escuela de Aviación y civiles.

En ese contexto de profunda desproporción de fuerzas a favor del sector que pretendía defender al primer mandatario, sostenido en gran medida por el aporte realizado desde Campo de Mayo, resulta difícil comprender que no se haya impuesto el bando leal y, en cambio, haya triunfado el levantamiento. ¿Cómo se produjo la victoria del movimiento encabezado por el general Uriburu? ¿Respondió a una pérdida de centralidad del acantonamiento que oficiaba de asiento de la 2ª División del Ejército? Un acercamiento al proceso que desembocó en el derrocamiento de Yrigoyen y a los acontecimientos que tuvieron lugar aquellos días en Campo de Mayo permite esbozar algunas respuestas.

El golpe de Estado de 1930 dio lugar a una dictadura militar que duró sólo diecisiete meses, pero que tuvo efectos significativos en la sociedad y la política argentinas. En primer término, inauguró

un ciclo de intervenciones militares recurrentes a través de las cuales las Fuerzas Armadas interrumpieron los mandatos de los gobiernos surgidos del voto popular y, en su lugar, instalaron regímenes autoritarios. Al mismo tiempo, el levantamiento de 1930 puso fin a la experiencia surgida de la Ley Sáenz Peña y la democratización del sistema político que ella había representado, instaurando una verdadera restauración conservadora. En lo que respecta a la clase obrera, la política de Yrigoyen –que, como se vio, tenía sus claroscuros– fue reemplazada por una postura implacable a favor de los empresarios. De la mano del estado de sitio y la vigencia de la ley marcial, se ejerció una intensa actividad represiva que incluyó numerosas deportaciones de activistas sindicales extranjeros, el uso de torturas contra opositores y el fusilamiento de militantes anarquistas (Potash, 1980). Por último, la dictadura de Uriburu también representó el primer intento de establecer un régimen corporativo inspirado en los fascismos europeos en la sociedad argentina.

La bibliografía que estudia el proceso político inaugurado el 6 de septiembre de 1930 es tan abundante como la que aborda las causas de la caída de Yrigoyen. Indudablemente, en ambos procesos confluyeron factores políticos, económicos y sociales. Entre los primeros, se destacó la escasa capacidad de respuesta y reforma de la gestión radical frente a una sociedad fracturada en sus opiniones, y una oposición política, mediática y militar muy activa³⁵. Durante el primer mandato

³⁵ Años más tarde, el líder del socialismo independiente, Federico Pinedo, sintetizaba una posición largamente difundida por la oposición en 1930: “la inmensa mayoría de la opinión responsable estaba convencida de que el régimen no podía prolongarse. No se trataba de que el gobierno fuera malo. La realidad era que no había gobierno” (Pinedo, 1958).

de Yrigoyen pudo detectarse un desafío por parte de las corrientes de la izquierda revolucionaria y parlamentaria, pero también el surgimiento al interior de las clases acomodadas y medias de un ánimo contrario al presidente, que se consolidó y terminó fracturando a su propio partido durante la gestión de Marcelo T. de Alvear (1922-1928). Asimismo, en 1930 comenzaron a sentirse los efectos de la crisis mundial sobre las exportaciones, el nivel de actividad económica y los ingresos fiscales (Belini y Korol, 2012), factores que tensionaron las cuentas públicas y la orientación de un gobierno con un amplio apoyo popular³⁶. Junto a estos factores, para comprender el alzamiento del 6 de septiembre es necesario observar también la relación que el viejo caudillo radical mantuvo con el ejército durante los años previos.

Yrigoyen y su relación con el ejército

Además del papel asignado a las Fuerzas Armadas en la represión del movimiento obrero, cuya mayor expresión se alcanzó durante la Semana Trágica y los fusilamientos de la Patagonia, el factor que generó mayores resistencias en el cuadro de oficiales durante la primera presidencia de Yrigoyen fue la política radical de reparación del personal que había participado en las revoluciones de 1890, 1893 y 1905. Esta promovía la reincorporación y el reconocimiento de servi-

³⁶ Una vieja hipótesis que no podemos abordar aquí fue sostenida por analistas identificados con el radicalismo y ha llenado las páginas de numerosos estudios (Ortiz, 1958). Se trata del papel de primer orden atribuido a las grandes corporaciones petroleras internacionales en la caída de Yrigoyen. Los trabajos especializados del último cuarto del siglo pasado han tendido a relativizar el peso de aquella influencia extranjera (Potash, 1980; Rouquié, 1983a).

cios durante los años transcurridos. La medida provocó una alteración de las órdenes de mérito que redundó en una postergación de los ascensos de quienes habían permanecido en la fuerza, lo que hizo ostensible la prioridad otorgada a los criterios políticos en la organización de la carrera profesional. Esto iba en franco detrimento de las reformas de principio de siglo, las cuales habían limitado la influencia de aquellos a través de leyes y reglamentos específicos.

De acuerdo con Orona (1958), hacia el final de la primera gestión radical se conformaron dentro del ejército dos sectores enfrentados e influyentes: uno identificado con el gobierno y su política militar y otro representado por la Logia General San Martín, fundada en 1921, defensora de la vigencia de los criterios profesionalistas en la fuerza. Tras el cambio de mando y la asunción de Alvear, el segundo grupo dio impulso a la figura del general Agustín P. Justo –quien no pertenecía a la organización– y logró que accediera al Ministerio de Guerra. Durante su gestión, la logia materializó su influencia a través de varios de sus integrantes, que fueron incorporados como colaboradores, y en la orientación oficial destinada a restablecer la disciplina y el profesionalismo al interior del cuerpo castrense y a expandir las capacidades del arma terrestre³⁷.

Paradójicamente, la búsqueda por desterrar la actividad política del ámbito militar llevó a la logia a formar parte del entramado dirigido por Alvear y Justo. En paralelo, desde la organización secreta se desarrolló una actividad revanchista

³⁷ Lo segundo se expresaría en la sanción, a instancias de Alvear, de la secreta Ley N° 11266, que aprobaba la compra de armamento y de la que se desprendería un decreto presidencial que daría origen a la Comisión de Adquisiciones en el Extranjero (CAE) en 1923.

que incluyó listas negras y el destrato de los oficiales reprobados por sus vínculos políticos, consolidando así una fractura en el ejército (Orona, 1958). A partir de 1928, con el retorno de Yrigoyen, personaje resistido por el sector logista y el propio Justo, los roles se invirtieron: los antiguos integrantes de la logia –que había dejado de existir en 1926– comenzaron a ser dejados de lado y el espíritu de la reparación yrigoyenista volvió a impregnar las políticas oficiales hacia las Fuerzas Armadas.

Este giro, sumado a una reducción drástica del gasto destinado a la compra de armamento e infraestructura aparejó una nueva respuesta de los sectores disconformes. Un antiguo presidente de



Generales José F. Uriburu y Agustín P. Justo. Fuente: Portal Educ.ar. Disponible en: <https://www.educ.ar/recursos/84693/la-decada-infame>

la logia, el coronel Luis J. García, retirado tras ser pasado a disponibilidad por el nuevo gobierno, comenzó una intensa campaña de desprestigio desde las páginas del diario *La Nación* denunciando hechos identificados como arbitrariedades y atropellos del Poder Ejecutivo (Rouquié, 1983a). En 1930, la influencia de ese tipo de opiniones había aumentado notablemente y confluía con una intensa acción de desgaste opositora. En ese escenario comenzaron a actuar distintos grupos conspirativos, dentro y fuera del ejército.

Campo de Mayo en el ojo de la tormenta

Del conjunto de agrupamientos de oficiales del arma que confabulaban para derrocar a Hipólito Yrigoyen dos resultaron particularmente relevantes por converger en el movimiento que se impuso el 6 de septiembre. El primer grupo tomó consistencia en junio de 1930 y se organizó en torno a la figura del general Uriburu (recientemente retirado), con prestigio dentro del ejército y llegada a sectores de clase alta, influyentes en la sociedad. Su propuesta apuntaba a un movimiento estrictamente militar, sin injerencia de los partidos políticos, orientado a realizar una reforma constitucional que diera origen a un régimen con representación corporativa y limitara los alcances del sufragio universal. Según este programa, el gobierno provisional debía quedar a cargo de Uriburu y no debían fijarse plazos rígidos para la entrega del poder.

Durante meses, su grupo se dedicó a tratar de sumar adhesiones dentro del cuerpo de oficiales y a construir planes operativos para derrocar a Yrigoyen. Dentro de las preocupaciones constantes de esta fase conspirativa estaba la búsqueda por sumar a los jefes de los regimientos de Campo de Mayo para poder contar con sus unidades, consideradas fundamentales para el éxito del movimiento³⁸. La campaña impulsada no obtenía los

³⁸ Dentro del grupo que funcionaba junto a Uriburu se encontraba el entonces joven capitán Juan D. Perón, quien próximo a septiembre recibió la tarea de sublevar a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral. La expectativa de que la estrategia era errónea y las tareas planteadas no podrían ser realizadas impulsó a Perón a ponerse en contacto con el otro grupo conspirador (Perón, 1963).

resultados esperados porque los contactos no se realizaban con la velocidad prevista y porque el plan político y operativo de los colaboradores de Uriburu no convenía a los interpelados.

El segundo grupo de conspiradores tomó forma a partir de las propuestas de los tenientes coroneles José M. Sarobe y Bartolomé Descalzo, pero su máxima referencia era el general Justo, que había decidido no actuar en un primer plano. Este sector consideraba que los militares debían concentrarse en el éxito de la sublevación y luego ceder la primera magistratura a los principales partidos opositores. El objetivo del movimiento era terminar solamente con un gobierno y no con el régimen político vigente, por lo que la propuesta llevaba aparejada el rechazo explícito a cualquier cambio constitucional.

Durante los primeros días de septiembre, el gobierno se encontraba en una situación particularmente crítica y sin reacción visible ante la actividad golpista. En este escenario, los acontecimientos se precipitaron. El martes 2, el general Luis Dellepiane, ministro de Guerra durante el segundo mandato de Yrigoyen, presentó su renuncia. Dos días más tarde, una manifestación de estudiantes opositores al gobierno fue reprimida, produciéndose el fallecimiento de un asistente³⁹. En la jornada siguiente, el viejo caudillo radical delegó el poder en su vicepresidente Enrique Martínez, que estableció rápidamente el estado de sitio⁴⁰. Ese mismo día por la tarde, Sarobe y Descalzo, docentes de la Escuela Superior de Guerra, presentaron a los estudiantes del instituto un nuevo texto del plan de acción de su grupo, y en pocas horas lograron más de cien adhesiones. Luego, enviaron la proclama a otras unidades y obtuvieron más de trescientas firmas. Con ese aval, se reunieron con Uriburu decididos a pasar a la acción.

Después de largas tratativas, acordaron una estrategia y un manifiesto para dar a conocer los objetivos del movimiento. Tras el fracaso de un intento de sublevación reciente, el general se mostró más propenso a negociar y se comprometió a respetar las leyes existentes, pero no admitió

³⁹ *La Prensa*, 5 de septiembre de 1930.

⁴⁰ *La Prensa*, 6 de septiembre de 1930.

intromisiones en la composición de su gabinete o compromisos sobre la duración del gobierno provisional (Potash, 1980). Sobre esa base, se dispusieron a actuar al día siguiente con un plan que no tenía asegurada la adhesión de ningún regimiento o unidad significativa. En las guarniciones como Campo de Mayo, las medidas de seguridad llevaban varios días por los rumores de un levantamiento inminente. Hacia la noche del día 5 de septiembre Descalzo se reunió con dirigentes antipersonalistas, conservadores y socialistas independientes para organizar la excursión a los cuarteles durante la mañana siguiente, en búsqueda de la adhesión militar aún ausente. Mientras tanto, sobre el cierre de la jornada, el coronel Francisco Reynolds, director del Colegio Militar, se comunicó con Uriburu para poner a su disposición las tropas del instituto. En el antiguo edificio del partido de San Martín, el general constituyó su base de operaciones en las primeras horas del día 6.

Aquella jornada, Campo de Mayo quedó en el centro de las acciones y los planes golpistas. Las pocas unidades sublevadas, la Escuela de Aviación y el Colegio Militar, se encontraban a una distancia relativamente corta y la actividad desplegada en ellas estuvo directamente condicionada por las diligencias realizadas sobre la guarnición. Esa misma mañana, los aviones que aparecieron en el cielo de la Capital Federal traían un mensaje en clave para los partícipes del levantamiento: Campo de Mayo se había sumado a la revolución. La información era errónea porque allí todavía se vivían horas de indefinición, pero permite apreciar la importancia que se le concedía al acantonamiento, cuya voluntad era necesario conquistar para dar inicio a las acciones en el centro de la ciudad⁴¹.

Desde las primeras horas de la mañana, estudiantes del instituto ubicado en la Base Aérea de El Palomar se encargaron de sumar al movimiento a la vecina Escuela de Comunicaciones, cuyos integrantes marcharon hacia el Colegio Militar. De la base también partió una escuadrilla que sobrevoló Campo de Mayo, en la zona de la Escuela de Artillería, arrojando panfletos e intentando replicar lo logrado con su par de Comunicaciones. Con objetivos similares, comenzaron a llegar

⁴¹ *La Prensa*, 7 de septiembre de 1930



Durante la mañana del 6 de septiembre, sobrevuelan sobre Buenos Aires las escuadrillas de la Aviación Militar. Fuente: Diez periodistas porteños. *Al margen de la conspiración*, Buenos Aires: Biblos, 1930.

civiles encabezados por dirigentes de partidos opositores que se presentaron en las puertas de la guarnición, de acuerdo con el plan trazado⁴². La Escuela de Artillería se hallaba en el centro de la agitación golpista porque se esperaba que su Grupo de Reconocimiento la sublevara y arrastrara tras de sí a otras unidades de la 2ª División del Ejército. En su interior, el conflicto entre leales y golpistas dio lugar a un tiroteo donde un oficial resultó herido⁴³. La situación generó mecanismos reactivos en el edificio colindante, la Escuela de Infantería, que adoptó medidas defensivas y terminó asumiendo el control del instituto de los artilleros⁴⁴. Cuando el teniente Garramendi, de la Escuela de Aviación, descendió cerca de su par de Artillería fue arrestado por efectivos la Escuela de Infantería⁴⁵. Consumado el fracaso de sus gestio-

⁴² Diez periodistas porteños, *Al margen de la conspiración*. Buenos Aires, Biblos, 1930.

⁴³ Idem.

nes, el resto de la escuadrilla de aviadores regresó a El Palomar.

A media mañana, el director de la Escuela de Infantería, Avelino Álvarez, identificado con el gobierno en funciones, envió detenidos a los civiles que se aproximaron a la Escuela de Artillería y quiso informarse sobre la posición del comando de la 2ª División a cargo de Campo de Mayo. En distintos cuarteles de la guarnición circulaba la indicación de alistarse para marchar y comenzaba a registrarse movimiento de tropas. Fue en ese contexto que desde Campo de Mayo partieron tres escuadrones del Regimiento 1 de Caballería cuyo paso a la sublevación fue confirmado⁴⁶. La respuesta ofrecida por la jefatura de la División dejó en A. Álvarez la impresión de que su responsable estaba desorientado y oscilaba entre permanecer en el sector leal y unirse al levantamiento. El director solicitó que se le indicara oficialmente un curso de acción. Le fue ordenado que se preparara para marchar hacia la Capital Federal, pero sin asignársele funciones precisas. Álvarez, que estaba en contacto con el Ministerio de Guerra, sabía que en ese horario los sublevados estaban en el partido de San Martín, que la Capital Federal estaba tranquila y que la orden era garantizar el control de Campo de Mayo. En ese contexto envió un mensaje contundente al comando divisionario, que quedó registrado en el libro histórico de la unidad correspondiente a 1930:

ante el cuadro de confusión y desorden que reinaba en el Acantonamiento de Campo de Mayo, producido probablemente por las continuas órdenes, resolvió desconocer al Comando de la División, tomar personalmente el Comando de todas las tropas de la Guarnición, ordenar a todas las tropas re-

⁴⁴ El conflicto existente entre los componentes golpistas de la Escuela de Artillería y los elementos legalistas de la Escuela de Infantería aparece reflejado en los libros históricos de ambas unidades. La actuación decidida de esta última al frente de las fuerzas gubernistas generó una enérgica intervención y una investigación tras el triunfo del levantamiento. Un resumen detallado de las acciones de aquel día fue elaborado por el teniente coronel Pedro Dávila, subdirector del instituto que conservó su cargo luego del 6 de septiembre y se conserva en el libro histórico de 1930.

⁴⁵ *La Prensa*, 7 de septiembre de 1930. También véase la descripción del episodio en el estudio sobre el rol de la Aviación Militar en el golpe de 1930 de Furlán (2014).

⁴⁶ Diez periodistas porteños, *Op. Cit.*

CAMARADAS:

El ejército y la armada de la Patria, respondiendo al clamor unánime del pueblo de la Nación y a los propósitos perentorios que nos impone el deber de argentinos en esta hora solemne para los destinos del país, han resuelto levantar su bandera para intimar a los hombres que han traicionado en el gobierno la confianza del pueblo y de la República el abandono inmediato de los cargos, que ya no ejercen para el bien común, sino para el logro de sus apetitos personales. Les notificamos categóricamente que ya no cuentan con el apoyo de las instituciones armadas cuyo objeto primordial es defender el decoro nacional, que ellos han comprometido y que no habrá en nuestras filas un sólo hombre que se levante frente a sus camaradas para defender una causa que ya se ha convertido en vergüenza de la Nación.

Les notificamos también, que no toleraremos, que por maniobras ni combinaciones de última hora, pretendan salvar un gobierno repudiado por la opinión ni mantener en el poder los residuos del conglomerado político que está extragulando a la República. Queremos el cambio, no de los hombres, sino del sistema que arrastra el país a su ruina, y que representan en su falta de ideales, y en su complicidad pasiva con todos los delitos cometidos, lo mismo quienes detentan hoy el poder, como los que estarían llamados a sustituirlos.

Queremos desterrar inexorablemente la política de nuestras filas, pero este noble propósito no puede ser confundido con la indiferencia cívica, ni nuestra disciplina con el servilismo. La misma Constitución obliga hasta a los ciudadanos a armarse en su defensa. Ha llegado el momento. ¡A las armas! para salvar la realidad de las instituciones y la dignidad de la Nación.

LA JUNTA MILITAR.

Volante arrojado por los aviadores militares. Fuente: Diez periodistas porteños. *Al margen de la conspiración*, Buenos Aires: Biblos, 1930.

gresar a sus cuarteles y emplazar al Comando de la División para que abandonara Campo de Mayo⁴⁷.

Hacia el mediodía, Álvarez quedó a cargo, estableció un refuerzo de algunas guardias y con la guarnición asegurada para el bando leal se dispuso a esperar indicaciones para actuar⁴⁸. Al controlar las oficinas de la División constató que su comandante había marchado solo y en tren hacia la Capital⁴⁹. Desde el Ministerio de Guerra, finalmente, el director de la Escuela de Infantería fue confirmado como comandante accidental de la 2ª División.

Mientras tanto, la columna del general Uri-

⁴⁷ Regimiento N° 4 de Infantería – Escuela. Libros históricos. Tomo I (1806-1943). Series Libros y Memorias Históricas. Servicio Histórico del Ejército, s/f, f. 38.

⁴⁸ El otro oficial identificado con el radicalismo que también desempeñó un papel destacado en la conservación de la guarnición de Campo de Mayo en el bando gubernamental fue el teniente coronel Atilio Cattaneo.

⁴⁹ Al llegar a la Capital el general Elías Álvarez, comandante hasta ese momento de la 2ª División del Ejército, se sumó a las reuniones de los mandos leales.

buru y los cadetes del Colegio Militar avanzaba hacia la Capital Federal. Junto al ministro de Guerra, la defensa del gobierno había sido asumida por el general José Marcilese, jefe de la 1ª División del Ejército, que estableció su comando en el Regimiento 3 de Infantería, entonces ubicado en el barrio porteño de Parque Patricios. En ese momento, contaba con los Granaderos a Caballo, los Regimientos de Infantería N° 1 y 2 –con asiento en Palermo– y las unidades de caballería y artillería destacadas en Ciudadela, en la provincia de Buenos Aires. Esperando el paso del grupo alzado por las avenidas Luis María Campos, Cabildo o alguna arteria cercana a ellas, el comandante decidió emplazar grupos nutridos de soldados en los terraplenes de los ferrocarriles Central Argentino y Pacífico⁵⁰.

La intensa concentración de fuerzas con las que contaba el sector leal a Yrigoyen no fue suficiente para evitar una serie de episodios que reflejaron la división existente en el ejército y el desconcierto

⁵⁰ Más tarde, estos ferrocarriles fueron rebautizados con los nombres Mitre y San Martín, respectivamente.



Oficiales de la Base Aérea de Palomar en 1930. Fuente: Diez periodistas porteños. *Al margen de la conspiración*, Buenos Aires: Biblos, 1930.

en el gobierno radical. La columna golpista tomó por la avenida Córdoba eludiendo los cuarteles de Palermo y las tropas destacadas sobre las vías ferroviarias. Curiosamente, el plan de defensa no fue reformulado⁵¹ y el Regimiento de Granaderos a Caballo pasó a las filas sublevadas⁵². Uriburu prosiguió su marcha hasta la avenida Callao y desde ahí hacia el Congreso de la Nación, donde se registró el enfrentamiento armado más importante de la jornada, que dejó como saldo varios muertos y heridos. Luego, la formación llegó a Plaza de Mayo, donde ya había una concentración muy significativa de simpatizantes y adherentes al levantamiento militar.

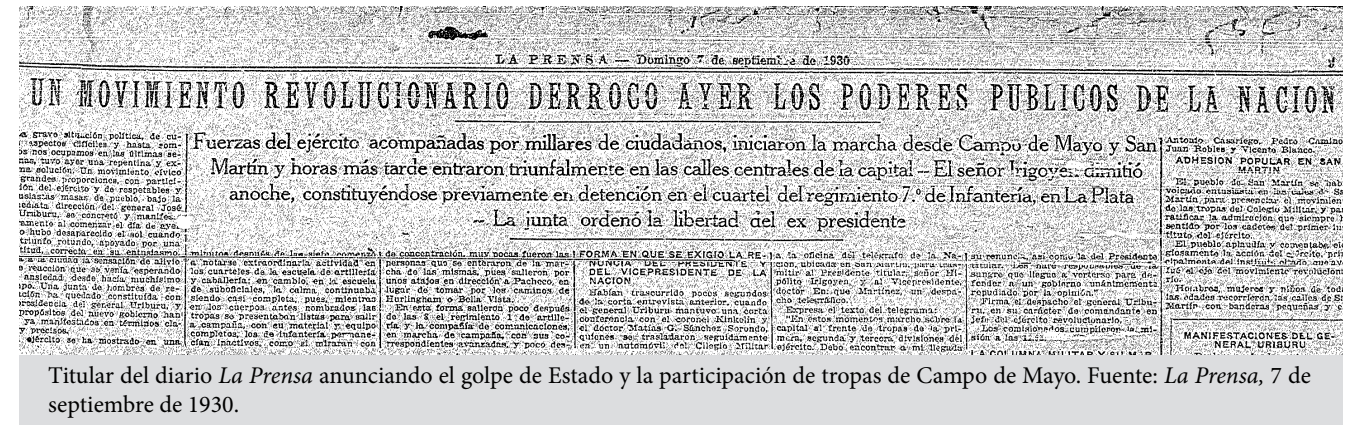
Mientras la Capital Federal era el escenario privilegiado de los acontecimientos, en Campo de Mayo los miles de hombres a las órdenes de

Álvarez permanecían expectantes. En las primeras horas de la tarde, un acontecimiento aumentó las tensiones. Una nueva escuadrilla de la Escuela de Aviación comenzó a maniobrar sobre el instituto de Artillería, invitándolo a plegarse al levantamiento. Cuando ya solo quedaba una aeronave volando bajo, se produjo un accidente que acrecentó su caída y la muerte de sus dos tripulantes. En un momento en que las comunicaciones con el Ministerio de Guerra y el comando de la Capital Federal quedaron interrumpidas, Álvarez emitió una orden para atacar la Base Aérea de El Palomar. Mientras tanto, en la Escuela de Aviación también se elaboraba un plan para bombardear Campo de Mayo (Furlan, 2014).

Finalmente, a las 20 horas del 6 de septiembre, el Comando de la 2ª División recibió la noticia de las renuncias del presidente y el vicepresidente y con ellas la rendición de las unidades leales. De ese modo, quedó abortado el plan de Álvarez y la respuesta contrarrevolucionaria que se estaba

⁵¹ *La Prensa*, 7 de septiembre de 1930.

⁵² Perón, J. *Tres revoluciones militares*. Buenos Aires, Escorpión, 1963.



Titular del diario *La Prensa* anunciando el golpe de Estado y la participación de tropas de Campo de Mayo. Fuente: *La Prensa*, 7 de septiembre de 1930.

preparando en paralelo. Horas después, quien se había constituido como comandante de facto de Campo de Mayo fue detenido y la Escuela de Infantería, bastión legalista, intervenida con el envío del teniente coronel Descalzo. La 2ª División también tuvo un nuevo responsable nombrado por la dictadura militar, el coronel Manuel Rodríguez, estrecho colaborador del general Justo (Rouquié, 1983a)⁵³. Había triunfado el golpe de Estado.

En su edición del 7 de septiembre, con la salida de Yrigoyen del gobierno ya consumada, *La Prensa* realizó una amplia cobertura de los sucesos del día previo bajo el título “Un movimiento revolucionario derrocó ayer los poderes públicos de la Nación”⁵⁴. A lo largo de sus páginas, que evidencian una actitud favorable hacia el movimiento encabezado por Uriburu, el periódico transmitió una imagen de Campo de Mayo como claro protagonista del movimiento golpista⁵⁵. Como se vio, esto contradice en buena medida lo sucedido en los hechos. La decisión editorial resulta de interés porque permite apreciar otra dimensión de la disputa por la guarnición. En este caso, su apoyo ya no se dirimía en el terreno de las armas sino en el de las representaciones, donde Campo de Mayo parecía constituirse en una pieza sustantiva de la legitimación mediática del golpe de Estado.

⁵³ El ex ministro de Guerra consideraba estratégico ese comando para conservar su influencia en el ejército y obtener desde el arma terrestre los proyectos de orientación fascista de Uriburu (Rouquié, 1983).

⁵⁴ *La Prensa*, 7 de septiembre de 1930.

⁵⁵ A modo de ejemplo, basta citar el copete de la nota, donde se señala que “Fuerzas del ejército, acompañadas de millares de ciudadanos, iniciaron la marcha desde Campo de Mayo y San Martín y horas más tarde entraron triunfalmente en las calles de la capital (*La Prensa*, 7 de septiembre de 1930).

Unos pocos meses después del triunfo del movimiento de septiembre, uno de sus participantes, el capitán Juan Domingo Perón, observaba críticamente los aspectos militares de la preparación y el desarrollo de las acciones del día 6. Indicaba que los integrantes del ejército no habían tomado parte sino a través del bando leal, cuyo fracaso no se debió a un motivo de falta de fuerza sino a la movilización de los civiles, que Perón juzgó decisiva: “Sólo un milagro pudo salvar a la revolución. Ese milagro lo hizo el pueblo de Buenos Aires” (Perón, 1963: 37). Al analizar las causas de la caída de Yrigoyen, el historiador radical Roberto Etchepareborda (1958) señaló que la derrota militar fue obra de la incapacidad o complicidad de los colaboradores del presidente que quedaron a cargo de la situación, especialmente el vicepresidente Martínez y el ministro de Guerra González. Según su interpretación, obraron mezquinamente, organizando ineficaz e imprudentemente la defensa, al conjeturar que el curso del levantamiento podía llegar a favorecerlos en la sucesión política del caudillo.

Ambas reflexiones, asociadas a cada uno de los bandos en pugna, convergen en la explicación de que el triunfo del golpe de Estado respondió a razones políticas antes que militares. El desarrollo de los acontecimientos que tuvieron lugar en Campo de Mayo y en las calles de Buenos Aires el 6 de septiembre también indica que las tropas leales fueron vencidas sin combatir. Aún cuando logró recomponer su comando y adoptar una posición definida a favor de Yrigoyen, la guarnición no llegó a utilizar su poder de fuego porque la crisis se había resuelto en el escenario donde el colapso del propio gobierno y la división dentro

del ejército habían resultado decisivas.

No obstante, 1930 marcó la irrupción de los golpes de Estado como forma de alternancia en las crisis políticas argentinas y con ella la introducción de una dinámica donde la concreción de los planes conspirativos requirió el apoyo de unidades de tropa para materializarse. Las estrategias de actores políticos, militares y mediáticos

en las jornadas de septiembre indica una percepción temprana de la importancia adquirida por los comandos y unidades de Campo de Mayo en la nueva etapa.

En consecuencia, el triunfo de Uriburu dejó una lección fundamental al ejército, cuyos componentes se habían lanzado a la calle y a la experiencia golpista en número reducido y desor-

ganizados, quedando a merced de circunstancias azarosas. Los efectos de ese aprendizaje no tardarían en manifestarse, con Campo de Mayo como protagonista excluyente.

Civiles en la guarnición

La participación civil en el golpe de Estado se registró desde la propia etapa conspirativa. La puesta en marcha del movimiento, la mañana del 6 de septiembre, encontró a civiles identificados con los dos grupos militares protagonistas de la sublevación –uno que respondía al general Uriburu y el otro, al general Justo– camino a Campo de Mayo. Las figuras y las agrupaciones que intentaron sublevar a la guarnición dejaron reflejada la importancia del objetivo al tiempo que delinearon un perfil social y político de los sectores civiles más involucrados en el alzamiento.

La primera agrupación interviniente fue la llamada Legión de Mayo. Fundada en agosto de 1930, con una definida orientación nacionalista y algunos rasgos de los movimientos fascistas europeos, este “escuadrón civil” tuvo como líderes a Alberto Viñas, Daniel Videla Dorna y Cipriano Pons Lezica, entre otros. Junto a Uriburu, Viñas planeó la conformación de tres grupos para actuar en la mañana del 6 de septiembre: dos se reunirían en la Plaza San José de Flores y el tercero en la estación Belgrano R del Ferrocarril Central Argentino. Los responsables de la concentración en Flores fueron Juan Carulla y Daniel Videla Dorna, quienes esperaban reunir unos centenares de legionarios para marchar hacia Campo de Mayo.

Pese a distribuir militantes y armamentos en varios automóviles para evitar ser detectados, mientras intentaban salir de la ciudad fueron ubicados por la policía, que detuvo a los líderes y a gran parte de sus integrantes. Al frente de la tercera convocatoria estaba el propio Viñas, que esperaba encontrarse con Uriburu para dirigirse hacia el Colegio Militar. Luego de atravesar distintos contratiempos y controles policiales, algunos de sus miembros lograron llegar a San Martín.

El segundo grupo estaba integrado por legisladores y dirigentes políticos opositores radicales antipersonalistas, conservadores y socialistas independientes: Federico Pinedo, Leopoldo Melo, Miguel A. Cárcano, Antonio Santamarina, entre otros. Se presentaron en Campo de Mayo en las primeras horas de la mañana, buscando entrevistarse con el comandante de la 2ª División del Ejército y ponerse en contacto con integrantes de las unidades que tenían oficiales subalternos favorables al levantamiento. Al llegar, encontraron la guarnición en estado de alerta y con medidas de seguridad. Los dirigentes fueron arrestados y llevados a las oficinas del comando divisionario donde permanecieron detenidos. Distintas fuentes reflejan que en esa condición pudieron dialogar con el comandante y que estuvieron a pun-

“La Legión de Mayo os invita a defender la obra de un pasado heroico, y ésta es una cita de honor para los hombres del presente. Que no sea el hambre lo que despierte a la juventud, al pueblo y al Ejército de la Nación. La historia reclama el gesto que reate el hilo de nuestra altiva tradición de libertadores. ! Ciudadanos ¡, la patria está en peligro.”

Fragmento del manifiesto dado a conocer por la Legión de Mayo tras su creación. Fuente: Diez periodistas porteños. *Al margen de la conspiración*, Buenos Aires: Biblos, 1930.

to de convencerlo de que se sume al alzamiento. Pero la tratativa quedó abortada cuando la Escuela de Infantería tomó el comando de la guarnición manteniéndola dentro del bando leal y, en el transcurso del día, los dirigentes fueron liberados.

Una publicación de la época muy cercana a Uriburu, crítica de algunos de estos líderes partidarios, sugería otro desenlace de la jornada. Señalaba que al menos dos de ellos habían permanecido arrestados hasta que se conoció la renuncia de Yrigoyen. Liberados al atardecer y des-

informados, ambos políticos imaginaron que el alzamiento había fracasado y su acción tendría consecuencias. Pensando en huir al Uruguay en ese mismo momento, se trasladaron desde Campo de Mayo a San Isidro buscando la solidaridad de amigos que les permitiera llegar en un barco privado. Según el relato publicado, resultaron realmente sorprendidos cuando los dueños de la embarcación les informaron que no necesitaban hacerlo porque el movimiento, contrariamente a lo que pensaban, había triunfado.

Junio de 1943: Campo de Mayo toma el poder

En un apartado titulado “Revolución del 4 de junio”, el libro histórico del Regimiento N° 4 de Infantería - Escuela (RI 4) correspondiente al año 1943 relataba una situación que había tenido lugar en las primeras horas de ese día en el Casino de Oficiales de la unidad, cuyo asiento estaba en la guarnición de Campo de Mayo:

El día 4 de junio a las 2:35 hs, el señor director de la Escuela, señor coronel D. Miguel Angel Mascarró, reunió a todos los Jefes y Oficiales del Instituto en el Casino de Oficiales y los enteró (sic) de que se va a producir un movimiento armado entre las unidades de Campo de Mayo, destinado a derrocar al Poder Ejecutivo.

Inmediatamente el Señor Director procedió a interrogar individualmente a cada uno de los presentes sobre si estaban de acuerdo con la actitud tomada, contestando todos sin excepción en que estaban de acuerdo en marchar con la Unidad al mando de su Director⁵⁶.

Escenas como la que relata el fragmento citado se repitieron en las instalaciones de las distintas unidades de Campo de Mayo a lo largo de la madrugada del día 4 de junio de 1943. La guarnición, que a esa altura acumulaba la mayor concentración de tropa y poder de fuego del ejército a nivel nacional, se convirtió en el epicentro de un levantamiento militar de magnitud desconocida hasta entonces. Encabezada por el coronel Elbio C. Anaya –el mismo que había sido protagonista de la represión en la Patagonia a comienzos de la década de 1920, convertido veinte años después en la máxima autoridad de Campo de Mayo– y

por los jefes de los principales regimientos y escuelas de la guarnición, una columna de diez mil hombres avanzó con dirección a la Plaza de Mayo para exigir la renuncia del presidente Ramón S. Castillo, objetivo que se consumó horas después del alzamiento. En su lugar, aunque por pocos días, asumió el general Arturo F. Rawson.

El golpe de Estado de junio de 1943 quedó asociado para la posteridad con el final de la llamada “Década Infame”. Iniciada con el derrocamiento de Yrigoyen, esta etapa de la historia argentina se caracterizó en lo económico por un relanzamiento del modelo primario exportador asociado a Gran Bretaña –que, en parte, favoreció el auge de la ideología nacionalista, que ganó adeptos entre civiles y militares– y en lo político por el empleo reiterado del fraude electoral (Cattaruzza, 2009). Justamente, el deseo de evitar el recurso a esta práctica en las elecciones presidenciales de 1943 fue esgrimido por los sublevados como uno de los motivos de peso para iniciar el alzamiento contra Castillo. El respeto de la Constitución y la defensa de los más altos valores de la patria fueron la carta de presentación del Grupo de Oficiales Unidos (GOU). Esta logia de oficiales fue pieza clave del entramado conspirativo que, luego del breve interregno de Rawson, colocó al general Pedro P. Ramírez en el sillón presidencial, con la participación inestimable de los oficiales y la tropa de Campo de Mayo.

Estas transformaciones en la primera plana de la política nacional, aunque sumamente relevantes, no agotan el significado de la “Revolución de junio”, como la denominaron sus impulsores. El levantamiento militar coincidió con el punto de llegada de una reforma del ejército que modificó sensiblemente su modo de organización interna y ciertos aspectos de orden operativo, en un con-

texto de expansión del arma terrestre. Reforma que también alcanzó a Campo de Mayo, aunque de una manera particular: al mismo tiempo que el antiguo ordenamiento basado en jurisdicciones se disolvía, y con él la función de la 2ª División, la guarnición sostuvo su unidad gracias a una mezcla de factores de diverso origen. Este capítulo recorre esos cambios y los analiza a la luz de los sucesos de 1943 para comprender el despliegue de un actor militar que se concibe a sí mismo como protagonista de la contienda política y que tiene en Campo de Mayo uno de sus vectores de acción fundamentales.

Profesionalismo, modernización y reforma: el ejército y la política en la “Década Infame”

La llegada del general Agustín P. Justo (1932-1938) a la Presidencia de la Nación se produjo en un contexto marcado por el recurso al fraude electoral y la exclusión política del sector personalista del radicalismo, que asumió una postura abstencionista ante la falta de transparencia de los comicios. El candidato de la “Concordancia” –alianza que reunió a conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes– y antiguo ministro de Guerra durante el gobierno de Alvear asumió la primera magistratura con la intención de tomar distancia de su predecesor, el general Uriburu. Para alcanzar este objetivo, reforzó la dimensión civil de su investidura: asumió la presidencia ya retirado del servicio activo, utilizó vestimenta civil durante el traspaso de mando y formó un gabinete donde los militares eran minoría (Potash, 1980).

Debido al vicio de origen del fraude que afec-

taba la legitimidad de su gobierno y la preocupación por el impacto en el quiebre de la disciplina que aparejó el golpe de septiembre de 1930, Justo intentó retomar la línea de conducción que había adoptado al frente del Ministerio de Guerra la década anterior, esto es, el enfoque “profesionalista” en las Fuerzas Armadas. Un factor clave para avanzar en ese sentido fue la designación como ministro del general Manuel Rodríguez, quien había rechazado participar en el alzamiento de Uriburu y era visto por sus pares como un emblema del oficial profesional, ajustado a las normas. A través de la gestión de quien fuera su colaborador y su amigo, Justo buscó garantizar un control del componente principal de la oficialidad a través del cumplimiento de leyes y reglamentos (Rouquié, 1983 a). El sector que quedaba fuera de este grupo mayoritario estaba compuesto por oficiales identificados con el radicalismo o el uriburismo, sobre los cuales el presidente montó una vigilancia estricta para anticiparse a cualquier alzamiento destituyente.

El otro elemento que contribuyó a fortalecer el apoyo castrense a su gestión fue el relanzamiento del programa de obras y equipamiento. Su gobierno implementó una modernización de las Fuerzas Armadas mediante un aumento significativo de la parte del presupuesto dedicada a gastos militares, que alcanzó niveles desconocidos hasta entonces. De este modo, retomó la senda iniciada durante la primera posguerra y que se había visto interrumpida durante el segundo mandato de Yrigoyen. Se aumentó y mejoró el equipamiento de la Armada y de la Fuerza Aérea Militar, se construyeron fábricas de armas, plantas de distinto tipo –siderúrgicas, por ejemplo– y se firmaron los contratos para la construcción de los edificios de los ministerios de Guerra y Marina (Oyarzábal, 2001). Jus-

⁵⁶ Regimiento N° 4 de Infantería - Escuela. *Libros históricos. Tomo I* (1806-1943). Series Libros y Memorias Históricas. Servicio Histórico del Ejército, s/f., fs. 97.

to, además, estimuló el crecimiento del arma terrestre a través de la creación de nuevas unidades y una 6ª División, junto a la ampliación sostenida del número de conscriptos⁵⁷.

En 1938, la presidencia quedó en manos de Roberto M. Ortiz, radical antipersonalista ungido por Justo como su sucesor. Llegado al poder mediante el fraude, el nuevo mandatario intentó tomar distancia de ese tipo de prácticas. Esto lo alejó de su predecesor y del conservadorismo y, en cambio, lo acercó a la UCR. El distanciamiento con Justo lo forzó a buscar apoyos en el ejército para contrapesar la fuerte influencia del general. Para lograr su objetivo, el presidente Ortiz seleccionó algunos militares radicales, pero sobre todo recurrió a moderados como el general de brigada Carlos Márquez, que fue designado ministro de Guerra. Estos oficiales fueron un importante apoyo para aplicar su política contra las prácticas fraudulentas, tal como quedó evidenciado en la participación del ejército en las intervenciones federales de las provincias de Catamarca y Buenos Aires en 1940, luego de comicios amañados.

Durante ese primer año de la gestión de Ortiz se llevó adelante, también, la mayor reforma militar desde principios de siglo. Uno de los cambios principales que se introdujo, y que tuvo consecuencias sobre Campo de Mayo, fue la modificación del criterio de organización del ejército. La relación fundamental de las unidades y comandos con las jurisdicciones –las divisiones o regiones–, columna vertebral de la organización del arma terrestre durante las primeras décadas del siglo XX, se disolvió. A partir de entonces quedarían, por un lado, los comandos y, por el otro, las jurisdicciones, depositada en los primeros la responsabilidad operativa y en las segundas las reparticiones vinculadas al reclutamiento, la administración y los servicios⁵⁸. En lo que atañe a Campo de Mayo, la transformación más importante fue el desplazamiento de la 2ª División del Ejército –a la que había quedado orgánicamente

vinculada la guarnición desde 1905– hacia la ciudad de La Plata y el arribo de la 1ª División de Caballería (DC 1). Creada por decreto de 1936, esta estructura comenzó a funcionar formalmente al año siguiente, y su primer jefe fue el coronel Pedro Pablo Ramírez. Como comando principal de Campo de Mayo, de la DC 1 pasaron a depender operativamente todas las unidades de la guarnición, incluidas las escuelas⁵⁹. En consecuencia, para el año 1943 encontramos al comandante de la DC 1 actuando como jefe de Campo de Mayo⁶⁰. El concepto de un comando superior con responsabilidad operativa sobre todas las reparticiones del acantonamiento se mantuvo en términos similares al período anterior. El cambio sustantivo fue la adscripción de su comando principal (la DC 1) y, en gran medida, de la propia guarnición a un arma del ejército, la caballería, que quedó a partir de la reforma de 1938 con un comando independiente –el Cuerpo de Caballería– separado de la infantería y la artillería (Comando en Jefe del Ejército, 1972). Esta modificación, que produjo desacoples y ajustes en el corto plazo, tuvo un impacto duradero en el acantonamiento.

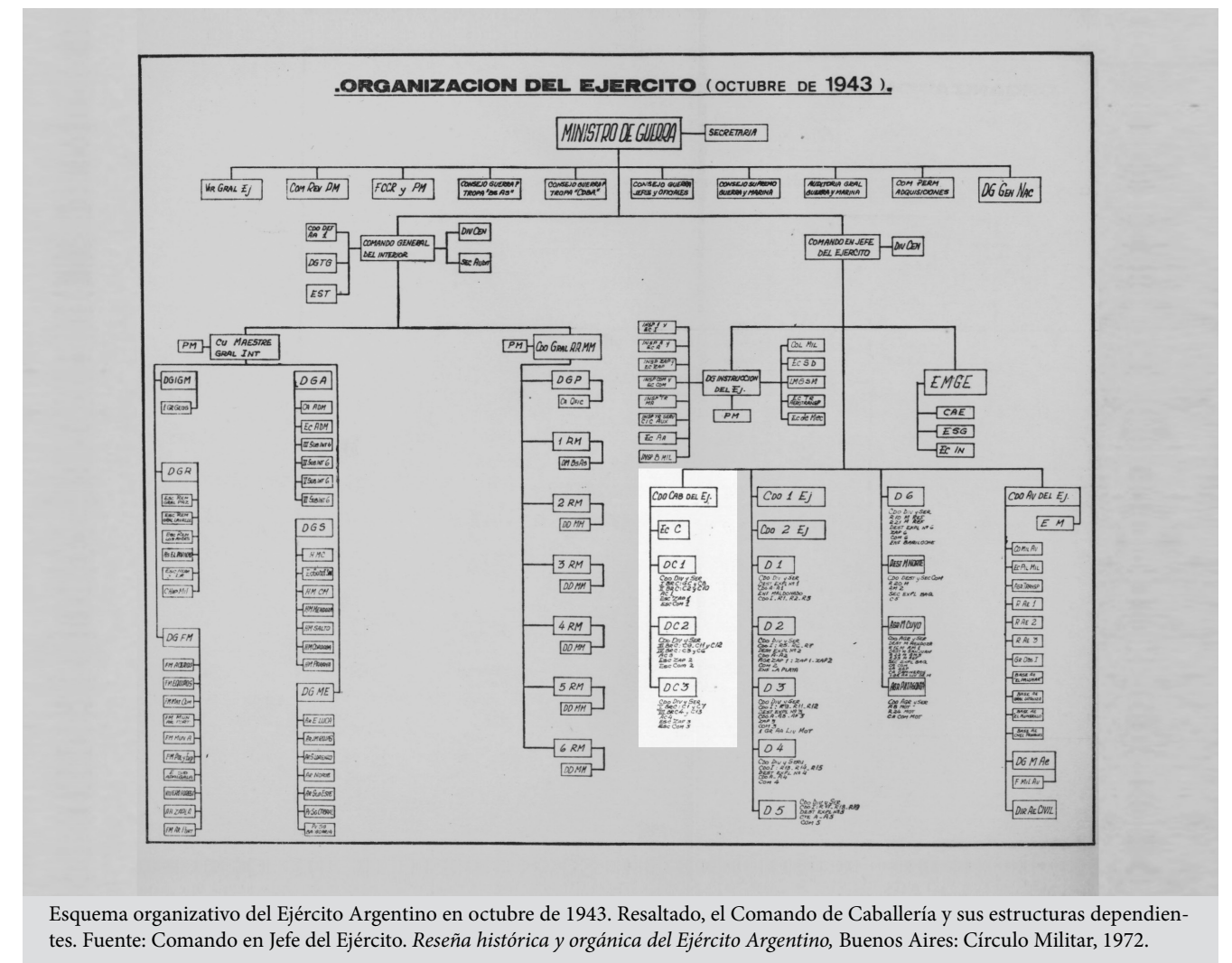
Mientras se sucedían estos cambios al nivel de la organización del ejército, en el plano internacional eran noticia los avances de la Alemania nazi sobre los países vecinos, situación que desembocaría finalmente en el estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939. La posición neutral de Argentina ante la contienda, que iba en consonancia con las posiciones esgrimidas inicialmente por el resto de los países latinoamericanos, generó reacciones disímiles al interior del ejército. En particular, su ala nacionalista, cu-

⁵⁹ De acuerdo con el Libro Histórico de la unidad, la DC1 tenía bajo su órbita formal a la 1ª y la 2ª Brigada de Caballería, el Grupo de Artillería a Caballo N° 2, el Escuadrón de Comunicaciones N° 1 y el Escuadrón de Zapadores Pontoneros N° 1 (1ª División de Caballería, *Libro Histórico 1937-1962*. Serie Libros Históricos. Servicio Histórico del Ejército).

⁶⁰ Esta situación aparece confirmada por el coronel Elbio Anaya en una entrevista otorgada al historiador Robert Potash. Allí, quien fuera jefe de la DC1 al momento de producirse el alzamiento de junio de 1943, hace alusión al comando extensivo de esa unidad sobre las distintas escuelas ubicadas dentro de Campo de Mayo, las cuales quedaban fuera de su órbita formal según lo estipulado en el libro histórico (Potash, Robert. *Interview with Elbio Anaya*, 2 de agosto de 1967. Disponible en: <https://credo.library.umass.edu/view/page-turn/mufs020-s01-b03-f007-i001/#page/1/mode/1up>).

⁵⁷ La creación de la 6ª División fue parte de una estrategia de fortalecer la presencia militar en la Patagonia, estableciendo regimientos y dependencias a lo largo de su territorio.

⁵⁸ Comando en Jefe del Ejército. *Reseña Histórica y Orgánica del Ejército Argentino*. Buenos Aires: Círculo Militar, 1972.



Esquema organizativo del Ejército Argentino en octubre de 1943. Resaltado, el Comando de Caballería y sus estructuras dependientes. Fuente: Comando en Jefe del Ejército. *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino*, Buenos Aires: Círculo Militar, 1972.

yos integrantes se habían formado en la tradición militar prusiana, criticó la postura argentina, que veía como un guiño favorable hacia los aliados.

Sobre este eje de tensión que recorría al cuerpo castrense se superpuso otro, de naturaleza bien diferente: el que enfrentaba a los llamados generales “de escritorio” y a los que tenían mando efectivo de tropa. Los primeros eran los que habían sido convocados por el Poder Ejecutivo para ocupar distintos cargos en el Ministerio de Guerra. Entre ellos se encontraba el ya mencionado general Márquez, principal colaborador de Ortiz en su intento de granjearse el apoyo de la fuerza (Potash, 1980). El segundo grupo estaba encabezado por los oficiales que detentaban la conducción de las principales unidades de Campo de Mayo, quienes manifestaban un descontento creciente por su exclusión de las instancias de toma de decisión. La acumulación de unidades en la guarnición, que

se traducía en una cantidad de efectivos y un poder de fuego muy superior al de cualquier otra dependencia militar del país, hacía cada vez más difícil desoír los reclamos y opiniones de estos jefes de tropa, quienes se constituían así como un factor de poder de hecho.

En este escenario se produjo, en julio de 1940 y por razones de salud, la salida de Ortiz del gobierno. Su lugar lo ocupó el político conservador Ramón Castillo, quien asumió en un contexto de fragilidad por la situación ambigua de ocupar el cargo de un primer mandatario de licencia, en medio de diversos rumores de conspiraciones en marcha (Rouquié, 1983 a)⁶¹. La influencia del

⁶¹ Dos movimientos conspirativos con contornos definidos se produjeron en la 1ª División del Ejército (Capital Federal) y en la Gendarmería Nacional, cuya comandancia estaba en Campo de Mayo. En ambos casos los militares se propusieron evitar que el presidente interino ocupara el cargo de Ortiz y reimpusiera el fraude.

general Justo en el ejército le permitió a Castillo atravesar la crisis. Por esta razón, para evitar perder este apoyo clave para su gestión, el flamante presidente autorizó el nombramiento de altos mandos militares leales al general. Además del Ministerio de Guerra, que quedó a cargo de Juan Tonazzi, algunos de los principales comandos de tropas fueron ocupados por oficiales identificados con el ex presidente: en la 1ª División del Ejército, Adolfo Espíndola; a cargo de la guarnición de Campo de Mayo, Jorge Giovanelli, y en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, Santos Rossi (Potash, 1980).

A través de estas designaciones, Castillo pudo sostener un precario equilibrio a través del cual puso en marcha una de las metas principales de su gobierno, la restauración del predominio conservador a través del fraude. Durante 1941, enfrentó dos intentos de sublevación de los sectores nacionalistas del ejército, simpatizantes de los países agrupados en torno al Eje Berlín-Roma-Japón, que se hallaban preocupados por cualquier posible alejamiento de la neutralidad ante el conflicto mundial. Hacia fin de ese año y a medida que Castillo buscó desembarazarse de la influencia de Justo, el presidente en ejercicio pretendió acercarse a esos sectores que lo habían desafiado.

Las condiciones para el entendimiento mutuo se profundizaron con el nuevo escenario internacional, tras el ingreso de Estados Unidos en la guerra mundial en diciembre de 1941⁶². En ese marco, las presiones de la potencia americana para unificar la posición continental en torno de la causa aliada fueron mucho mayores. El gobierno argentino defendió su posición original, logrando así que su neutralidad tuviera cada vez más connotaciones proclives al Eje. Hacia fin de año, algunas de las medidas requeridas por los oficiales nacionalistas habían sido concedidas, tales como el cierre del Concejo Deliberante de la Capital Federal y el establecimiento del estado de sitio. Por su parte, el presidente comenzó a rele-

var a los oficiales cercanos a Justo de los lugares clave del ejército como la Inspección General y el Cuerpo de Caballería. Al frente de esta última estructura, de relieve a partir de la reforma de 1938 y con influencia decisiva sobre Campo de Mayo, quedaría el general Pedro E. Ramírez, un nacionalista que había apoyado a Uriburu en 1930 (Potash, 1980).

En agosto de 1942, Brasil se incorporó al sector aliado de la guerra y en Argentina surgieron nuevas presiones para que se rompieran relaciones con el Eje. El general Justo, que pensaba presentarse en las elecciones del año siguiente, se convirtió en portavoz de los sectores que en el ejército y la sociedad civil reclamaban el abandono de la neutralidad. Castillo, por su parte, consideró que era el momento para liberarse de la influencia del general y forzó la renuncia de Tonazzi como ministro de Guerra. Fue la oportunidad para que el general Ramírez asumiera ese cargo y removiera a los oficiales identificados con Justo de los puestos influyentes. En ese contexto, Castillo se sintió fortalecido y consideró que podía buscar el apoyo del ejército para hacer elegir a su candidato presidencial, Robustiano Patrón Costas. Este representante del conservadurismo salteño suscitaba el rechazo del ala nacionalista del ejército por dos motivos. El primero, compartido con los otros sectores del arma terrestre, tenía que ver con su inclinación hacia las prácticas fraudulentas. La segunda razón estaba vinculada a su posicionamiento frente al contexto internacional, favorable a los aliados.

En este escenario, a comienzos de 1943 se produjo la muerte de Justo, principal candidato opositor y referente indiscutible del ejército de los últimos veinte años. El fin abrupto de su liderazgo dejó todavía más expuestas las tensiones internas de la fuerza, que se habían incrementado al calor de los vínculos con las distintas tendencias políticas y que ahora encontraban menos recursos para su resolución (Fraga, 1993). Divididas por su alineamiento internacional en la hora que el destino de la guerra se mostraba favorable a los aliados y atravesadas por una nueva sucesión electoral bajo el signo del fraude, las distintas fuentes del descontento militar salieron a la superficie.

⁶² El año 1941 marcó también la entrada de la Unión Soviética en el conflicto bélico. En el plano local, este hecho reforzó la percepción de la “amenaza comunista” y fue agitado por el sector nacionalista del ejército –incluido el GOU– para intentar sumar adeptos entre la oficialidad del arma.

El juego de los complots

El éxito del golpe de Estado de junio de 1943 fue el resultado de la confluencia de distintos impulsos conspirativos que, por distintas razones, coincidían en la necesidad de remover a Castillo (Rouquié, 1983b). El motor de la conjura fue el GOU –siglas que más tarde se asociarían al Grupo de Oficiales Unidos–, logia creada formalmente en marzo de 1943 con la finalidad de aunar voluntades dispuestas a actuar por fuera de la estructura de mandos. Varios de los integrantes del grupo, compuesto fundamentalmente por coroneles y tenientes coroneles, habían participado del golpe de Estado contra el gobierno de Yrigoyen. Según uno de sus fundadores y principales referentes del agrupamiento, el coronel Juan Domingo Perón, los integrantes del GOU se habían propuesto evitar un “desvío” como el que había tenido lugar con posterioridad a 1930⁶³. Por eso, la responsabilidad –y también el control– del alzamiento recaería esta vez exclusivamente en el actor castrense.

Si a la cabeza del golpe de Estado se situó el GOU, su ejecución práctica fue obra de las principales unidades de Campo de Mayo, encolumnadas detrás de la autoridad del coronel Elbio Anaya. Desde su rol de comandante de la DC 1, tenía autoridad sobre la totalidad de las unidades de la guarnición. El acercamiento a Anaya y a los principales jefes de Campo de Mayo se debió a la necesidad que tenía el GOU de tejer alianzas con oficiales que estuvieran a cargo de unidades, al frente de tropa, algo de lo que carecían la mayoría de los integrantes de la logia y que era imprescindible para llevar adelante el alzamiento militar (Potash, 1980).

El detonante del golpe de Estado de 1943 fue el pedido de renuncia que realizó Castillo al general Ramírez. Los principales colaboradores del ministro de Guerra eran integrantes del GOU y, den-

⁶³ Según Potash (1980), el GOU se constituyó formalmente el 10 de marzo de 1943 en una reunión que tuvo lugar en el Hotel Conte, ubicado a escasos metros de la Casa Rosada, en la Capital Federal. Además de Perón, constituyeron su grupo fundador Emilio Ramírez –hermano del ministro de Guerra de entonces, Pedro Pablo Ramírez–, Miguel Ángel y Juan Carlos Montes, Urbano y Agustín de la Vega, Aristóbulu Mittelbach y Arturo Saavedra.

tro del plan conspirativo trazado para derrocar al presidente, habían comenzado a tender puentes con actores de la política partidaria. En este marco, Ramírez celebró encuentros con un sector del radicalismo que le deslizó informalmente la propuesta de ser candidato a presidente por dicha fuerza. La noticia del acercamiento llegó a oídos del titular del Poder Ejecutivo, quien convocó a su ministro de Guerra a una reunión de urgencia en la casa de gobierno y, una vez allí, le exigió la renuncia al cargo. Ante las evasivas de Ramírez, en la mañana del día 3 de junio Castillo solicitó a su ministro de Marina, el almirante Mario Fincati, que redacte un decreto para la remoción de su par de Guerra (Potash, 1980; Rouquié, 1983 a).

La decisión del presidente fue interpretada por los miembros del GOU como un insulto a la institución militar (Rouquié, 1983 a), y sirvió como la excusa perfecta para comenzar el complot contra su persona. El teniente coronel Enrique P. González, secretario-ayudante del ministro de Guerra e integrante de la logia, tomó contacto con un viejo oficial de caballería, que había sido comandante de la DC 1 en 1939 y que había sucedido a Ramírez como Comandante del Cuerpo de Caballería, el general Arturo Rawson. González le propuso encabezar el movimiento contra Castillo, ofrecimiento que fue aceptado por su antiguo superior en el arma⁶⁴. Fue entonces que los integrantes de la logia, conscientes de la imposibilidad de llevar a buen puerto un alzamiento sin contar con el apoyo de los oficiales con mando de tropa, buscaron cubrir esa falencia. La respuesta la encontrarían en Campo de Mayo, donde desde hacía tiempo los jefes de unidades celebraban reuniones para decidir qué actitud tomar ante el gobierno. En la guarnición tendría lugar el cónclave decisivo para el futuro de la “revolución de junio”.

Campo de Mayo avanza sobre la Casa Rosada

En la noche del 3 de junio, en medio del conflicto por el pedido de renuncia realizado a Ramírez, tuvo lugar una reunión entre los principa-

⁶⁴ 1ª División de Caballería. *Op. cit.*



Portada de *El Mundo* anunciando el golpe de Estado del 4 de junio de 1943. Fuente: *El Mundo*, 5 de junio de 1943. Portal Educ.ar. Disponible en: <https://www.educ.ar/recursos/84693/la-decada-infame>

les jefes de unidades de Campo de Mayo, algunos integrantes del GOU y el general Rawson en la Escuela de Caballería con asiento en dicha guarnición. La pieza clave en el encuentro era el coronel Anaya. En su calidad de jefe de Campo de Mayo, tenía autoridad sobre una tropa que rondaba los diez mil efectivos, compuesta por soldados de las armas de infantería, artillería y, por supuesto, caballería. Por el peso específico en términos de hombres y equipamiento, la definición que adoptaran Anaya y sus subordinados en relación con el alzamiento sería determinante para las posibilidades de éxito de la maniobra.

De acuerdo con el testimonio del propio Anaya, durante la reunión solo se discutieron aspectos relativos a la política interna de Castillo, fundamentalmente el nombramiento de Patrón Costas, punto que condensaba el rechazo de todos los presentes. La política externa, según el entonces

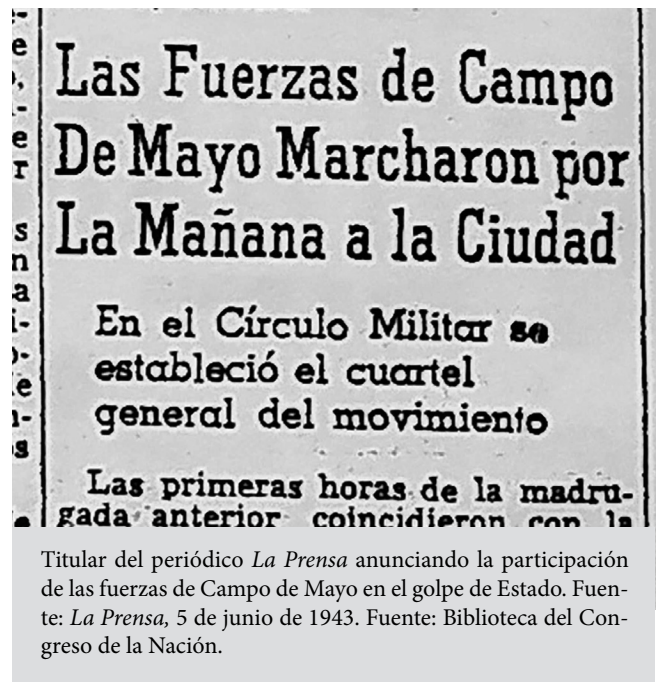
jefe de Campo de Mayo, fue excluida del debate debido a que en este rubro existían posiciones irreconciliables entre los partidarios del Eje y de los Aliados⁶⁵. A la antipatía hacia el presidente en funciones se sumó, según el testimonio de varios de los presentes, el consenso en torno a la idea de que el levantamiento tendría un carácter estrictamente militar, a diferencia de lo que había ocurrido en 1930. También acordaron que el nuevo titular del Ejecutivo surgiría de las entrañas del cuerpo castrense, aunque nada se dijo de quién sería la persona llamada a ocupar el cargo. La coincidencia en un único aspecto —la necesidad de derrocar a Castillo— y la indefinición sobre el rumbo a seguir luego del golpe serían la marca de origen del movimiento de junio de 1943.

La decisión de avanzar desde Campo de Mayo sobre la Capital Federal se tomó en las primeras horas de la madrugada del día 4, luego de que el general Ramírez se apersonara en la Escuela de Caballería y, enterado de los planes, no opusiera reparos a la acción. Según el testimonio de Anaya, fue el propio comandante de la DC 1 y no el general Rawson —formalmente a la cabeza del movimiento— quien firmó la Orden de Combate para iniciar el desplazamiento de las tropas con destino a la Casa Rosada. Antes de que la maniobra se efectivizara, los presentes firmaron un documento propuesto por los oficiales del GOU y cuya autoría se atribuyó luego a Perón. Llamativamente, este último se ausentó del conclave, y a pesar de los intentos realizados por dar con su persona, sus compañeros de logia no pudieron localizarlo en toda la noche (Potash, 1980).

Finalizada la reunión, los jefes se dirigieron a sus respectivos cuarteles para hacer los preparativos del alzamiento. Los libros históricos de las distintas unidades de Campo de Mayo contienen el registro de la planificación de la maniobra⁶⁶. En particular, destaca la Orden del día N° 281 del RI 4, firmada por su director, el coronel Miguel A.

⁶⁵ Potash, Robert. *Op. cit.*, 2 de agosto de 1967.

⁶⁶ Entre otros, contienen información sobre los movimientos vinculados al levantamiento contra el presidente Castillo los libros históricos del RI4, de la Escuela de Caballería y de la Escuela de Artillería correspondientes al año 1943, disponibles en el Servicio Histórico del Ejército.



Titular del periódico *La Prensa* anunciando la participación de las fuerzas de Campo de Mayo en el golpe de Estado. Fuente: *La Prensa*, 5 de junio de 1943. Fuente: Biblioteca del Congreso de la Nación.

Mascaró. Allí se establecían, punto por punto, los objetivos y pasos a seguir:

El Regimiento 4 de Infantería, a las órdenes del suscripto, marchará sobre la ciudad de Buenos Aires, conjuntamente con las demás Unidades del Acantonamiento de Campo de Mayo, con la misión de restablecer el imperio del patriotismo, honestidad y decencia en los poderes públicos. La Unidad con sus efectivos completos y bagajes, uniforme y equipo de campaña y municiones de guerra, se encolumnará a las 4:00 horas sobre el camino de Ruta N° 9, cabeza a la altura de la Escuela de Caballería, según disposiciones impartidas verbalmente por el suscripto a los distintos comandos⁶⁷.

Mientras transcurría la reunión de Campo de Mayo, el presidente Castillo, ante la inminencia del levantamiento en su contra, se dispuso a organizar la fuerza que tendría como misión repelerlo (Ruiz Moreno, 1998), al tiempo que solicitaba a la guarnición un plazo de veinticuatro horas antes de iniciar cualquier acción. Para la tarea convocó al general Márquez, a quien nombró mediante decreto como comandante de las Fuerzas de Represión. El recién ungido estableció su cuartel

⁶⁷ Regimiento 4° Infantería. *Op. cit.*, fs. 97.

Desde Institutos de la Armada en Núñez se Intentó una Resistencia

A consecuencia del tiroteo que se
originó hubo muertos y heridos.

Segmento del periódico *La Prensa* dedicado al enfrentamiento en la Escuela de Mecánica de la Armada. Fuente: *La Prensa*, 5 de junio de 1943. Fuente: Biblioteca del Congreso de la Nación.

círculo personal, mayoritariamente identificables con el pasado conservador. Los coroneles y tenientes coroneles que habían preparado la sublevación y los que habían conducido a las tropas el 4 de junio se mostraron disconformes con sus decisiones y elevaron sus quejas al general. Ante la negativa de Rawson a volver sobre sus pasos, Anaya, desde su posición de comandante de Campo de Mayo, se plegó a la posición del GOU y le exigió la renuncia. Así fue que Pedro Ramírez asumió la presidencia.

El nuevo mandatario formó un gabinete que parecía más equilibrado pero que rápidamente fue controlado por los miembros de la logia y, en particular, por Perón. A los pocos días, a través de su nuevo comandante, el coronel Ávalos, Campo de Mayo buscó limitar el creciente poder de aquel. Sin embargo, se encontró con que Perón, al amparo del nuevo ministro de Guerra –el general Edelmiro Farrell–, contaba con los recursos necesarios para desbaratar las conspiraciones en su contra desde su nuevo cargo en la jefatura de la Secretaría de dicho Ministerio (Rouquié, 1983 b).

Las principales investigaciones sobre la relación entre los militares y la política argentina (Rouquié, 1983 a y 1983b; Potash, 1980) dejaron en evidencia que la “Revolución de junio” no había tenido como únicos protagonistas a los oficiales del GOU. El aporte de este grupo de militares en la elaboración del plan para derrocar a Castillo, que resultó sin dudas fundamental, fue puesto en perspectiva al considerar la intervención decisiva de la jefatura y las unidades de Campo de Mayo en la secuencia de acontecimientos que derivó en el golpe de Estado. La reconstrucción

de lo acontecido en las jornadas del 3 y 4 de junio dejó a la luz la importancia de los lazos estructurales y jerárquicos que se hicieron presentes al entrar en escena la guarnición. Por eso, en contraste con el golpe de 1930, el alzamiento contra Castillo es considerado obra de una intervención orgánica del ejército, conducido por sus mandos naturales. El despliegue de tropas de Campo de Mayo aportó en términos materiales –como demuestra el combate de la ESMA– y simbólicos la fuerza necesaria para doblegar a la resistencia de los sectores leales a Castillo.

El recorrido de este capítulo, además, ofrece claves para pensar los acontecimientos de junio de 1943 a la luz de las transformaciones que provocó en Campo de Mayo la gran reforma del ejército del año 1938. La sustitución de la 2ª División del Ejército por la DC1 en lo atinente al control operacional del conjunto de las unidades destacadas en la guarnición significó la ubicación de Campo de Mayo dentro de la órbita de la caballería. El rol protagónico de Ramírez y Rawson, ambos comandantes del Cuerpo de Caballería; la función de nexo entre ambos que desempeñó González, también oficial del arma; y el aporte decisivo de tropas que significó la participación de Campo de Mayo, con la DC 1 a la cabeza, son factores que permiten entrever el papel imprescindible que desempeñaron las estructuras de caballería y la guarnición, bajo su dependencia, en la ejecución del primer golpe de Estado institucional. El devenir de los hechos no tardaría en confirmar la centralidad de ese vínculo entre Campo de Mayo y el arma ecuestre en las disputas políticas que se desarrollarían en un futuro cercano.

La batalla de la ESMA

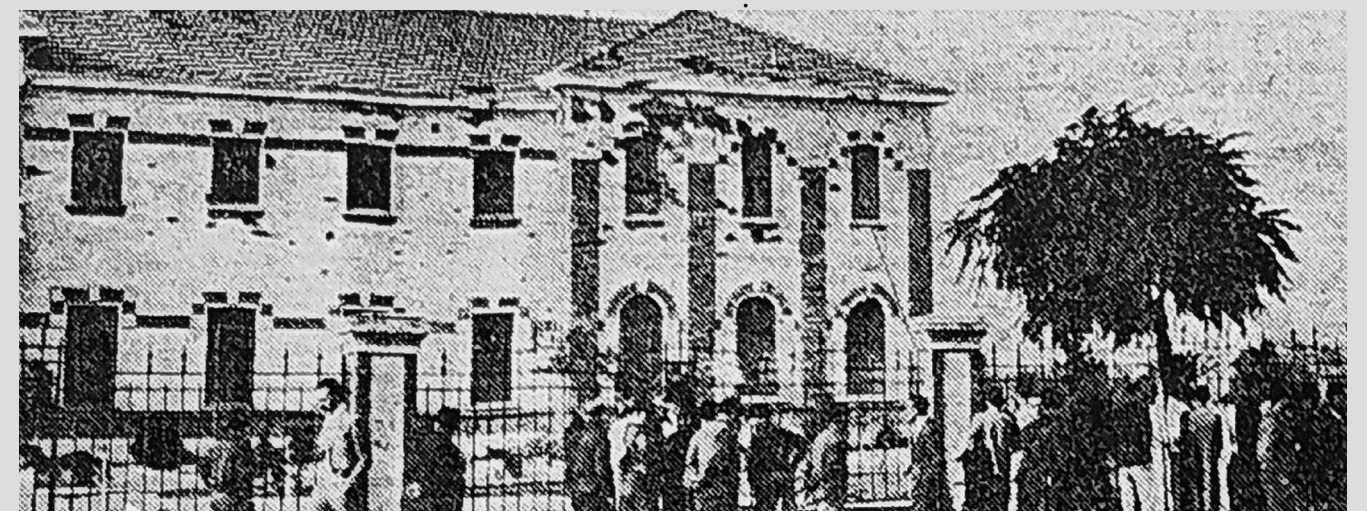
Dentro de los cruces que se produjeron entre tropas leales y sublevadas en la jornada del 4 de junio de 1943, el que se desarrolló en las puertas de la ESMA fue particularmente intenso. El enfrentamiento se produjo cuando una de las columnas procedentes de Campo de Mayo con destino a la Casa Rosada llegó a la altura del ingreso principal del establecimiento de formación de la marina. Luego de una breve conversación entre los sublevados y el director de la ESMA, comenzó un intercambio de disparos y fuego de artillería que, aunque breve en su duración, dejaría un saldo importante de muertos y heridos.

Según se pudo reconstruir, una columna encabezada por el general Rawson y los coroneles Ávalos y Anaya ingresó a la Capital Federal desde el norte. Luego de avanzar unos metros por la avenida Blandengues, el contingente se detuvo en las puertas de la ESMA. Allí se dirigió una pequeña comitiva encabezada por el coronel Ávalos. A su encuentro salió el capitán de fragata Anadón, director del establecimiento. El primero dio la noticia del levantamiento y consultó al director de la ESMA sobre la postura de la institución. Anadón, quien tenía orden de resistir el avance de los sublevados, informó sobre su lealtad a Castillo. No torcieron su tesitura las amenazas del coronel, que

advirtió tener preparada la artillería para un ataque. Ante la imposibilidad de lograr un acuerdo, cada uno retornó a sus posiciones.

Sobre lo que sucedió después existen varias versiones. La más aceptada sostiene que Anadón, consciente de la inferioridad de condiciones en que se encontraba, tomó la iniciativa al considerar que “ya la agresión estaba en marcha”. Una vez dentro de la ESMA, subió al primer piso y ordenó a la tropa allí apostada que abriera fuego contra la columna. Comenzó entonces un intercambio de disparos y de fuego de artillería. La agresión sólo cesó cuando apareció una bandera blanca en la parte superior de la Escuela de Guerra Naval.

La “batalla de la ESMA” duró solo cuarenta minutos, durante los cuales perdieron la vida unas setenta personas entre militares y civiles. Los edificios de la institución evidenciaron, además, los destrozos provocados por el impacto de los cañonazos. Según algunos testigos, una vez consumada la victoria de los sublevados, Ávalos propuso fusilar allí mismo y frente a su tropa a Anadón, idea que no prosperó. El enfrentamiento a las puertas de la ESMA puso en evidencia la decisión compartida por militares golpistas y leales de llevar la lucha hasta las últimas consecuencias.



Frente de la Escuela de Guerra Naval tras el combate entre integrantes de la ESMA y las fuerzas de Campo de Mayo. Fuente: *La Prensa*, 5 de junio de 1943. Fuente: Biblioteca del Congreso de la Nación.

Palabras finales

El recorrido trazado en estas páginas apuntó a reconstruir y analizar las intervenciones de Campo de Mayo en los principales hitos que marcaron la relación entre ejército y política durante las primeras cuatro décadas del siglo XX argentino. En esos poco más de cuarenta años, la guarnición pasó de ser un campo de maniobras y ejercicios militares –tal fue el sentido que se le asignó originalmente– a constituirse en una de las cabeceras principales del Ejército Argentino. Esta evolución se desarrolló en estrecho vínculo con el despliegue de un poder militar que, para mediados de 1943, se consolidaba ya como protagonista insoslayable de la vida política nacional.

Durante el período analizado, Campo de Mayo experimentó enormes transformaciones en su composición interna, estructura orgánica y área de influencia. Transformaciones que convierten su estudio en un verdadero desafío y que plantean el interrogante sobre qué es –o qué fue– Campo de Mayo y respecto a cómo reconstruir y caracterizar su participación en un período signado por la represión política, las luchas facciosas y la injerencia creciente de los militares en los asuntos civiles. En el devenir de los acontecimientos y procesos, la imagen de una guarnición monolítica que actúa de manera compacta ante las distintas coyunturas políticas se desdibuja y, en su lugar, emerge la de un conjunto de unidades y comandos con sus propias tradiciones, liderazgos e intereses particulares en juego.

El nacimiento de Campo de Mayo es indisoluble de la transformación que se propuso profesionalizar y ampliar la estructura del ejército con el objetivo de hacer del arma terrestre el instrumento para la consolidación y expansión del Estado nacional. Gracias al empuje de Ricchieri, entonces ministro de Guerra, se avanzó en la compra y puesta en funcionamiento del predio

para la realización de maniobras militares. Ya en esa fecha temprana se le asignó a Campo de Mayo un rol destacado en el esquema de poder del ejército por su cercanía con la Capital Federal, corazón de la vida política nacional y polo de concentración demográfica del país. En consonancia con ello, durante sus primeras décadas de existencia, el acantonamiento aglutinó un número creciente de unidades y efectivos. La decisión de convertir a la guarnición en cabecera de una de las cinco regiones militares del país, implementada en 1913, en buena medida formalizó lo que a esa altura era prácticamente una situación de hecho.

A comienzos de la década de 1920, Campo de Mayo fue objeto de los avatares que atravesó la relación entre el gobierno de Yrigoyen y la clase trabajadora. Dos hechos que tuvieron lugar durante la primera presidencia del dirigente radical mostraron su disposición a abandonar momentáneamente su “obrerismo” para reprimir a ciertos sectores del movimiento obrero. Tanto en la Semana Trágica como en los fusilamientos masivos de la Patagonia, el gobierno apeló al ejército como instrumento para la restauración del orden social interno. En ambos hechos, aunque respondiendo a distintos criterios, Campo de Mayo tuvo una intervención protagónica y que, por momentos, amagó con salirse de los carriles estipulados por las autoridades civiles. De este modo, la guarnición se posicionaba en el corazón de un poder militar en ciernes que percibía sus funciones más allá de la tradicional defensa de las agresiones externas.

Luego de casi una década y media de gobiernos radicales surgidos del voto popular, el 6 de septiembre de 1930 un golpe de Estado finalizó abruptamente con el segundo mandato de Yrigoyen. Con la figura del general Uriburu como cara visible, los militares desembarcaban así en la arena política, disputando ese terreno a los ci-

viles. La intervención de Campo de Mayo, para entonces la mayor concentración de unidades y tropa del país, permite adentrarse en la complejidad del escenario político de 1930. El hecho de que la guarnición no haya llegado a usar su poder de fuego para hacer valer su respaldo a Yrigoyen es sintomático de los límites planteados a la acción militar por la derrota política del presidente y la división existente en el ejército. No obstante, los movimientos de los actores involucrados en los distintos bandos del alzamiento expusieron la valoración que, en el nuevo escenario político, se le otorgaba al apoyo de las unidades y efectivos militares, y con ello a Campo de Mayo, como sustento de cualquier ensayo conspirativo.

La “Revolución de junio” marcó la conversión definitiva del antiguo campo de maniobras en el vector fundamental de un poder militar que, cada vez más a menudo, definía sus intereses y cursos de acción al margen de los civiles. En buena medida, puede decirse que Campo de Mayo “hizo” el golpe de Estado de 1943, si se entiende por ello que la guarnición aportó las unidades, los efectivos y el respaldo simbólico necesarios para que el movimiento contra el presidente Castillo triunfara. La afirmación no implica perder de vista o minimizar el papel que desempeñaron los oficiales del GOU en el complot que derivó en los sucesos de junio. Más bien, apunta a resaltar el carácter decisivo que tendría en su desenlace el poder de fuego acumulado durante décadas en la guarnición.

En el levantamiento de Uriburu y el golpe de Estado de 1943 también pueden observarse algunos rasgos que la mecánica destituyente imprimió a la inserción temprana de Campo de Mayo en la historia política argentina, si se contempla a ese poder de fuego como expresión de un conjunto de unidades, en el que la puesta en acto de las conspiraciones militares llevó al límite los la-

zos orgánicos y jerárquicos que lo unían. Sin susstraerse por completo a la cadena de mandos, pero vía caminos alternativos a la disciplina reglamentaria, el estallido de las sublevaciones puso en tensión esos nexos abriendo escenarios imprevisibles. En septiembre de 1930, los contactos golpistas alcanzaron a una considerable cantidad de oficiales subalternos –a cargo de subunidades– y pusieron en duda la lealtad del comando divisionario. Solo la respuesta contundente de coroneles radicales que lograron imponerse dentro de la guarnición lograron mantenerla en el bando de Yrigoyen, aunque no pudieron evitar su derrocamiento. Trece años más tarde, la cadena se rompió en otro lugar, en el vínculo que unía al presidente y su ministro de Guerra, que con su anuencia permitió que el comandante de la Caballería, Arturo Rawson, consiguiera el apoyo en bloque del jefe de Campo de Mayo y de las unidades que dependían de él para poner en marcha el movimiento que derrocó a Castillo.

El encuentro celebrado en la Escuela de Caballería entre la noche del 3 y la madrugada del 4 de junio es considerado por protagonistas y especialistas como el acontecimiento decisivo del golpe de Estado de 1943. Esta convicción se sostiene en que fue en esa reunión donde se terminó de forjar la alianza entre los “coroneles” del GOU y los “jefes con mando de tropa” de Campo de Mayo y, también, donde se acordó avanzar hacia la Casa Rosada. Una mirada en perspectiva permite ver en el cónclave, además de un punto de llegada, un comienzo: el de una etapa en la que la institución militar, con la caballería y Campo de Mayo a la cabeza, condicionaría fuertemente las libertades democráticas y la estabilidad de la política nacional. Sobre esa etapa, que con matices internos se extendió hasta la última dictadura cívico-militar, se enfoca la segunda parte de esta publicación.

Bibliografía

- Bayer, Osvaldo (2009). *La Patagonia Rebelde*. Coyhaique: Talleres Gráficos F.U.R.I.A.
- Belini, Claudio y Juan Carlos Korol (2012). *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bilsky, Edgardo (1984). *La Semana trágica*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Botana, Natalio (1985 [1977]). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cattaruzza, Alejandro (2009). *Historia de la Argentina, 1916-1955*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Comando en Jefe del Ejército (1971). *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino Tomo II*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Comando en Jefe del Ejército (1972). *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino Tomo III*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- De Marco, Miguel (2000). “Organización, operaciones y vida militar” en Academia Nacional de la Historia. *Nueva historia argentina Tomo V*. Buenos Aires: Planeta.
- Devoto, Fernando (2003). “La inmigración de masas”, en *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, 2003.
- Etchepareborda, Roberto (1958). “Aspectos políticos de la crisis de 1930”, *Revista de Historia* N° 3, 1° trimestre.
- Falcón, Ricardo (1986-1987). “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912) en *Anuario*, N° 12, Rosario.
- Fraga, Rosendo (1993). *El General Justo*. Buenos Aires: Emecé.
- Fraga, Rosendo (1996). *La amistad Roca-Riccheri a través de su correspondencia*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Furlán, Luis (2014). “La Aviación Militar en el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930”, *Boletín de la Dirección de Estudios Históricos – Fuerza Aérea Argentina*, N° 4.
- Garaño, Santiago (2017). “Curá-Malal: un ensayo del servicio militar obligatorio en 1897”, en *Páginas*, Revista digital de la Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, año 9, N° 19. Enero – abril.
- Horowitz, Joel (2015). *El radicalismo y el movimiento popular*. Buenos Aires: Edhasa.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2015). “Huelga, insurrección y aniquilamiento: Argentina, enero de 1919”, en *Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina*, 15, Diciembre.
- Jasinski, Alejandro (2013). *Revolución obrera y masacre en La Forestal*. Buenos Aires: Biblos.
- McGee Deutsch, Sandra (2003). *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Noro, Lauro y Brown, Fabián (1999). *Riccheri. El ejército del siglo XX*. Buenos Aires: Ed. María Ghirlanda.
- Orona, Juan (1958). “Una logia poco conocida y la revolución del 6 de septiembre”, *Revista de Historia* N° 3, 1° trimestre.
- Ortiz, Ricardo (1958). “El aspecto económico-social de la crisis de 1930”, *Revista de Historia* N° 3, 1° trimestre.
- Oyarzábal, Guillermo (2001 [1997]). “Las Fuerzas Armadas (1914-1943)” en Academia Nacional de la Historia. *Nueva historia argentina Tomo VIII*. Buenos Aires: Planeta.
- Pinedo, Federico (1958). “Testimonio”, *Revista de Historia* N° 3, 1° trimestre.
- Perón, Juan (1963). *Tres revoluciones militares*. Buenos Aires: Escorpión.
- Potash, Robert (1980 [1971]). *El ejército y la política en la Argentina 1928-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Punzi, Orlando Mario (1991). *La tragedia patagónica. Historia de un ensayo anarquista*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Rock, David (1977). *El radicalismo argentino, 1890-1933*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rouquié, Alain (1983 a). *Poder militar y sociedad política en la Argentina I. Hasta 1943*. Buenos Aires: Emecé.
- Rouquié, Alain (1983 b). *Poder militar y sociedad política en la Argentina II. 1943-1973*. Buenos Aires: Emecé.
- Rodríguez, Augusto (1964). *Reseña histórica del Ejército Argentino (1862-1930)*. Buenos Aires: Secretaría de Guerra.
- Ruiz Moreno, Isidoro (1998). *La marina revolucionaria 1874-1963*. Buenos Aires: Planeta.
- Suriano, Juan (1989-1990). “El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916” en *Anuario*, No 14, Rosario.
- 2ª División del Ejército. *Historia de Campo de Mayo*, Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar, 1933.

Durante los años de la última dictadura cívico-militar (1976-1983), funcionó en la guarnición de Campo de Mayo uno de los mayores centros clandestinos de detención y exterminio del país. Dentro del extenso predio de cinco mil hectáreas perteneciente al Ejército Argentino funcionaron diversos espacios de cautiverio. La mayoría de las personas que permanecieron secuestradas en esos lugares continúa desaparecida. Gracias a los testimonios de las y los sobrevivientes y de algunos conscriptos que cumplían el servicio militar obligatorio en la guarnición, pudo saberse que su destino fueron los llamados “vuelos de la muerte”.

Emblema del terrorismo de Estado, Campo de Mayo tiene en realidad una historia que se remonta en el tiempo mucho más allá de los años de la última dictadura cívico-militar y hunde sus raíces en el proceso de consolidación del Estado nacional. Esta publicación, con la que se inaugura la colección *Investigar Campo de Mayo*, promovida desde la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación y el Archivo Nacional de la Memoria, se

propone reconstruir la historia de la guarnición desde su creación hasta el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 desde una perspectiva que hace foco en su rol en distintos acontecimientos y procesos que marcaron el devenir político argentino del siglo XX.

Esta primera entrega abarca el período que se extiende desde la creación del campo de maniobras, en 1901, hasta el golpe de Estado del 4 junio de 1943, en el que las unidades de Campo de Mayo asumieron un rol protagónico. Durante estas cuatro décadas, la guarnición fue atravesada por los avatares de la política nacional y por las transformaciones y disputas que recorrieron al ejército a nivel interno y en su relación con los poderes civiles. En ese mismo tiempo, también, Campo de Mayo dejó atrás su función de mero campo de maniobras para constituirse en una de las cabeceras principales de un poder militar que condicionaría fuertemente las libertades democráticas y la estabilidad de la política nacional durante la segunda mitad del siglo XX.